

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVII

San José, Costa Rica **1933** Sábado 1.º de Julio

Núm. 1

Año XV. No. 641

SUMARIO

El Hostos que nos llega por el camino de la inconfir-
midad
Virgilio y su misión providencial
El objeto de la educación
Apreciaciones
José Martí en Costa Rica

Juan del Camino
Ramiro de Maeztu
Eugenio María de Hostos
Carlos Arturo Torres y An-
tonio Caso
Carlos Jinesta

La última carta de Vargas Vila Max Grillo y Cornelio His-
pano
Vargas Vila L. E. Nieto Caballero
Una plaquette de Salvador Novo José D. Frías
Poemas de amor Salvador Novo
Memorias de don Juan Alcover Joaquín Montaner

Virgilio y su misión providencial

= De La Prensa. Buenos Aires =

¿Dónde piensa el lector que se ha escrito uno de los mejores libros que habrá inspirado el segundo milenario de Virgilio? Pues en Quito, Ecuador, y su autor es un sacerdote americano, el jesuita don Aurelio Espinosa Pólit, del colegio de Cotocollao. Quiero decir con ello que se trata de un libro excelente comparado con los mejores que produzca la crítica inglesa o alemana o francesa o norteamericana o italiana. Y cuando el lector se haya re- puesto de su primera impresión de sorpresa, ¿qué de particular tiene que un gran libro erudito y valorador se produzca en una ciudad algo apartada de las grandes corrientes del tráfico? ¿Podía esperar nadie que una obra que requiere inmenso caudal de lecturas, bien digeridas y ordenadas, se produjera de la noche a la mañana en el insomnio de un cochecama?

Es fácil observar que lo que dice el padre Espinosa sobre Virgilio no es sustancialmente distinto de lo observado por un buen virgilianista, como Mr. Mackail, en la Enciclopedia Chambers, cuando dice que no es comparable a Homero en sencillez y fuerza dramática, ni a Píndaro y Dante en pasión concentrada, ni a Safo y Cátulo en emoción estremecedora, pero que a todos los supera en tristeza majestuosa, en la serena exquisitez de sus cadencias y en el cincelamiento consumado de una poesía enriquecida por todos los refinamientos del saber y por un trabajo paciente, que sólo con la perfección se satisface, aparte de que nadie tampoco lo ha igualado en piedad y en el sentido de las lágrimas que hay en las cosas, según dijo en el



Busto de Virgilio

(En el Palacio Ducal de Mantua)

más celebrado de sus versos. Sólo que el padre Espinosa no cree que lo esencial sea decir algo original sobre Virgilio, ni sobre nada. Acaso la parte más penetrante de su obra sea la que dedica a explicar las numerosas veces que Virgilio se sirve de uno o dos versos de Homero o de otro poeta, como lo hacían todos los clásicos entonces, porque en la antigüedad se consideraba el plagio como una cortesía que debía cada poeta a sus predecesores, en vez de rechazarla con el desdén romántico de un Musset, que se jactaba de beber en su vaso, aunque fuese pequeño. Los antiguos pensaban, como André Chenier, que los escritos de otros poe-

tas, son "aguijones poderosos, que al besarme con su llama me hacen crear con ellos".

La manera principal que tenían los poetas de formarse eran los ejercicios, en que los aprendices procuraban imitar algún modelo, para dar a los entendidos el placer delicado de la comparación, hasta ver si ganaban en alguna cosa a sus inspiradores, lo que les servía de aliento, o si eran vencidos en todo, lo que les daba merecido bochorno. En este "agón" o contienda de bellezas se formaban los poetas. Y si hoy se renovaran esos antiguos y probados métodos, ¿se escribiría con tanta flojedad?, ¿se pensaría con tanta incertidumbre?

Hay, sin embargo, una diferencia entre leer las observaciones de Mr. Mackail en un artículo de enciclopedia o seguir, poco a poco las 413 citas, traducciones y comentarios de versos o grupos de versos de Virgilio en el libro del señor Espinosa o los 381 autores que aparecen en su obra, y no una vez, sino 48 veces Homero, 29 veces Dante, 16 San Agustín, 12 Boissier, 12 Cátulo, 7 Esquilo, 7 Eurípides, 22 Horacio, 9 Víctor Hugo, 15 Lucrecio, 8 Myres, 12 Mackail, 7 Menéndez y Pelayo, 11 Ovidio, 9 San Pablo, 9 Platón, 8 Propertio, 8 Shakespeare, 11 Sófocles, 10 Teócrito, 7 Santo Tomás. Ya no se trata de juicios más o menos plausibles acerca de Virgilio sino que es Virgilio el que se nos presenta o son sus admiradores los que nos subrayan lo que podía habérsenos escapado de su obra, y hasta la tesis más aventurada que hay en el libro del señor Espinosa, la de que Virgilio desempeñó la misión providencial de abrir el corazón y la sensibilidad de los pueblos del Imperio de Occidente para que pudieran recibir el cristianismo, nos parece tan llana y aceptable como si no envolviera los más graves problemas de la filosofía y de la historia.

Dice el señor Espinosa que buscando al principio las pruebas de la originalidad de los versos de Virgilio es como se ha encontrado con la espléndida originalidad del hombre: "La profundidad y eficacia regeneradora de sus convicciones religiosas, su concepto providencialista de la historia, su clara penetración de la misión de Roma en el mundo, la magnífica independencia y ardoroso celo de su ideal pacifista, la alteza y fecundidad de su enseñanza moral, sus

inexplicables vislumbres de aspiraciones o ideas que parecen incompatibles con el paganismo, y, más aún, su acomodación plenaria a la concepción cristiana de la vida, que prolonga hasta nosotros la estela de su paso”...

Homero era impersonal. Por eso precisamente lo toma Aristóteles por ejemplo, y dice que su papel de poeta consiste “en hablar lo menos posible en propia persona”. Homero es por eso impasible. Virgilio, en cambio, da expresión plena al mundo de afectos que se desprenden de la narración épica. Tanto como interesar a sus lectores desea transmitirles su sensibilidad. Según el señor Espinosa esta propiedad es, en cierto modo, común a todos los grandes poetas latinos: lo mismo se encuentra en Cátulo que en Tibulo, en Propertio que en Horacio, en Ovidio que en Lucrecio y lo muestra, según su método, con citas de versos inmortales. Pero hay en la mirada de Virgilio una cortina de llanto que da a su voz su peculiarísima vibración patética y esta tristeza suya no procede del hastío de la carne: “es el alma herida de una preocupación superior, es el espíritu que aletea por escapar de la prisión en que se ahoga, es un anhelo nunca satisfecho, un temblor de esperanza”.

En el paisaje virgiliano hay ya un sentido cristiano de la belleza, como la huella del Creador en la criatura. Lo que le hace torturarse a Virgilio, al punto de tardar siete años en componer los 2.000 hexámetros de las “Geórgicas”, es el ansia por descubrir esa huella y hacer sentir a sus lectores el perfume de las manos divinas que el poeta ha encontrado directamente en la naturaleza. Fué el poeta más

dulce de la humanidad. Y esto es lo que le hace pensar al señor Espinosa en la misión providencial del poeta. Porque su entusiasmo por la virtud hubiera sido ineficaz de no haberla presentado con tan avasalladora belleza, pero fué esta belleza lo que transformó las almas paganas y las preparó para recibir sin repugnancia una doctrina superior.

Augusto entendió la necesi-

dad en que estaba su pueblo de purificar su corazón y por eso convirtió a Virgilio en poeta oficial del imperio, por lo que fué la enseñanza de sus obras obligatoria en las escuelas, en tanto que perduró el Imperio. “La Eneida” nos dice que la misión de Roma era vincular el imperio del mundo, a fin de que la paz reinase en él. Prudencio, el gran poeta español, muestra, a su vez, que ese imperio uni-

versal no tenía más objeto que preparar el camino para Cristo que llega. Fué, en suma, como dice de sí mismo San Pablo, un “pedagogo hacia Cristo”. No es extraño que San Ambrosio y San Agustín se supieran sus obras de memoria y no pudieran por menos de citarlas, aunque ya entonces se daban cuenta del gran peligro que implicaba la lectura de los clásicos, por el ateísmo de Lucrecio, el amoralismo de Cátulo, el libertinaje de Ovidio, Tibulo, Propertio o Marcial.

Virgilio, en cambio, era y es el buen maestro, el que enseña a amar lo que debe amarse o aborrecer lo que debe ser aborrecido, y aunque nosotros no llegaremos tan lejos como el padre Espinosa al suponer que fué la influencia del mantuano lo que permitió a San Pablo hacerse rápidamente adepto “en la casa del César”, ni al sugerir que pudo ser la falta de Virgilio lo que impidió que se le escuchara en el Areópago de Atenas, porque con ello nos olvidaríamos de que el pensamiento helénico no contribuyó menos que la poesía de Virgilio a preparar el camino del cristianismo, como lo muestra el hecho de que el idioma de la iglesia primitiva y de sus primeros concilios fué más el griego y no el latín, nos confesamos ganados por su tesis de la misión providencial de Virgilio y esperamos que, andando el tiempo, también gane a los directores de los pueblos y sirva para que se le vuelva a dar en la educación de las generaciones el mismo puesto de honor que ocupa en la historia universal de la cultura.

Ramiro de Maeztú

Madrid, 1935.

Doctor JORGE MONTES DE OCA

OFICINA: 175 varas al Sur del Gran Hotel Costa Rica

TELEFONOS: Oficina, 2950 -:- Habitación 2740

Tratamiento eléctrico por ARSONVALIZACION DIRECTA de reconocida eficacia para Flujo e inflamaciones del vientre; ensáyelo. Cistitis, Prostatitis, Blenorragias e Hipertrofia de la Próstata; hágase ese tratamiento enseguida.

Tiene Ud. Dispepsia?

Se cura fácilmente usando

SAL UVINA

en su dieta.

AGRURAS - FLATULENCIA - MAL
ALIENTO - DOLORES DE CABEZA

*Síntomas todos de que
su digestión anda mal.*

Desaparecen **RAPIDAMENTE** con
el uso de la

SAL UVINA

HERMANN & ZELEDON
BOTICA FRANCESA

El Hostos que nos llega por el...

(Viene de la página 2)

bien por lo que dejó en las realidades firmes de la Educación. También nosotros debemos apuntar hacia este rumbo. Si es grande para el tejedor de teorías y enredos jurídicos, más grande es para el que siente que por encima de esa cosa artificial está la patria. La patria que necesita defenderse del hombre de leyes que la tiene como campo de negocios. Para redondear el negocio propio o del cliente, menosprecia el graduado en leyes el sentido permanente de patria. Le da un sentido ocasional, porque es con ese sentido con el que puede traficar. Mientras pueda justificarse una pillería la patria es elástica. Lo malo para el hombre versado en leyes es el sentido de patria que excluye la transacción que daña la libertad. Y como todas las transacciones amparadas a legislaciones interpretadas por versados en leyes, digamos mejor, por juriconsultos, son transacciones de grandes rendimientos para el juriconsulto el peligro viene lozano en ellas. Si volvemos a Hostos y hace-

mos que sus enseñanzas nos penetren el espíritu y nos vuelvan inconformes, conseguiremos formar el hombre a que él aspiró.

Dispersa anda hasta ahora la obra de Hostos que consideramos con aliento creador, es decir la obra que no es incursión en el Derecho. Pero en ese amanecer triste porque será duradero, en que está la gente nueva de Puerto Rico, la divulgación de las enseñanzas de Hostos será sin duda preocupación primordial. Por Puerto Rico debemos trabajar todos los que en esta América nuestra no consideremos el aislamiento como condición segura. Y si tenemos esa capacidad de trabajo pidamos al puertorriqueño que difunda a Hostos tras esa presentación sugestiva que ha hecho el escritor Pedreira. Que lo difunda por el Continente para que el Continente lo vincule a su vida quitándolo de la penumbra en que, a nuestro juicio, lo ha metido el comentario infecundo que de sus tratados de Derecho hacen las cátedras de las Escuelas de juriconsultos.

Juan del Camino

Costa Rica y julio de 1935.

Sr. Presidente de la República:
Señores:



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

El objeto de la educación

= Discurso memorable de Hostos, pronunciado en 1884, en la Escuela Normal de Santo Domingo (de la que fué su fundador y Director), al graduarse de maestros sus primeros discípulos dominicanos. =

Han sido tantas, durante estos cuatro años de prueba, las perversidades intentadas contra el Director de la Escuela Normal, que acaso se justificaría la mal refrenada indignación que ahora desbocara sobre ellas.

Pero no, no sea de venganza la hora en que triunfa por su misma virtud una doctrina. Sea de moderación y gratitud.

Sólo es digno de haber hecho el bien, o de haber contribuido a un bien, aquel que se ha despojado de sí mismo hasta el punto de no tener conciencia de su personalidad sino en la exacta proporción en que ella funcione como representante de un beneficio deseado o realizado.

El que de ese modo impersonal se ha puesto a la obra del bien, de nadie, absolutamente de nadie, ha podido recibir el mal. ¿Qué gusano, qué víbora, qué maledicencia, qué calumnia, qué Judas, qué Yago han podido llegar hasta él? ¿Es él un gusano? ¿Es él un áspid? ¿Es él una excrescencia revestida de la forma humana?

No, señores: él es lo más alto y lo más triste que hay en la creación. Es la roca desierta que soberanos esfuerzos han solevado lentísimamente por encima del mar de tribulaciones, y que sufre sin quebrantarse la espuma de la rabia, el embate de la furia, el horror desesperado de las olas mortales que la asedian. Es la conciencia, triste como la roca, pero alta como la roca desierta del océano. Y no la conciencia individual que siempre toma su fuerza en la inconciencia circunstante, sino la conciencia humana, que toma su fuerza de sí misma, que de sí misma recibe su poder de resistencia, y, secundando a la naturaleza, sacrifica el individuo a la especie, la personalidad a la colectividad, lo particular a lo general, el bienestar de uno al bienestar de todos, el hombre a la humanidad.

En esa región de la conciencia no hay pasiones como las pasiones vergonzosas que amojaman el cuerpo y el alma de otros hombres: unos y otras pasan como por debajo, precipitándose estruendosamente en la sima de su propia nada, sin que logren de la conciencia, que va trepando penosamente su pendiente, ni una mirada, ni una sonrisa, ni un movimiento de desdén. As-

cendiendo siempre la una, bajando siempre las otras, ¿qué venganza más digna de la una que el seguir siempre ascen-

diendo; qué castigo mayor para las otras que el seguir siempre bajando?

Una vez, en los Andes so-

Apreciaciones

...Hostos ha sido una de las más altas voces de la conciencia colectiva de Hispano-América.

Lo fué al propio tiempo por los azares especiales de su existencia y por la formación general de su pensamiento; fué un ciudadano de la América latina y un profesor de hispano-americanismo. Acogido con igual calor y admiración en Santiago que en Caracas, en Santo Domingo que en Lima, su cosmopolitismo era una suerte de patriotismo continental, al que quiso agregar una vez a la España republicana, cuando por ella luchó y en ella creía. Constituir la comparencia de los pueblos que hablan español bajo la égida de la República, y por el espontáneo y recíproco acercamiento de unidades independientes y soberanas para el mejor servicio de los eternos intereses de la raza; realizar como necesario peldaño inicial de esa ascensión la independencia de Cuba y Puerto Rico, de tal suerte que el universal imperio de Carlos de Augsburgo, transfigurado en su resurrección, glorioso y fuerte en su avatar democrático y republicano, conquistador del derecho y descubridor de la ciudad futura, volviese a ver sobre su horizonte un sol sin ocaso. He ahí un espléndido sueño; entre tanto, los pensadores como Hostos, capaces de concebirlo, hacen de toda la América su patria de elección y a ella consagran los alientos de su vida y la suprema flor de su espíritu. Las manifestaciones del pensamiento hispano americano encontraban en la mente del maestro armónica vibración, y por eso, bajo cualquier cielo, constituíase como por derecho propio en su propagandista y su vocero, haciendo conocer nombres y obras de escritores e intelectuales con ahinco tesonero y entusiástico, como para conllevar con ellos la intensa labor de la educación para la libertad, que fué el sentido de su obra y el mensaje de su vida.

No sé qué conmovedor interés me inspiran esos emigrados del ideal que llevan en su manto de caballeros errantes polvo de ideas, para aventarlo a lo largo de los caminos de la proscripción. Adon-

de quiera que los lleva el viento de la fortuna, próspero o adverso, asumen con fe superior a todo abatimiento lo que un compatriota mío ha llamado, con frase feliz, "el consulado de las ideas". El venezolano Andrés Bello, en Santiago de Chile; los colombianos García del Río, en Londres; Florentino González, en Buenos Aires; Ricardo Becerra, en Caracas; el ecuatoriano Montalvo en Colombia y en Europa; los argentinos Miralla, en Bogotá; Sarmiento y Mitre, en Santiago; Varela, en Montevideo; los cubanos Martí, en Nueva York, y Merchán, en Bogotá; el portorriqueño Hostos en Santiago, en Lima, en Caracas y en Santo Domingo, para no citar sino a los muertos, fueron verdaderos varones consulares que bajo cielos extranjeros decían de una patria ideal de justicia y de una real patria de amor, y confrontaban los grandes problemas sociales y políticos de que ambas son solidarias; fueron como los voceros de una aspiración continental hacia la unidad de acción, y la hermandad de vida internacional en los pueblos y en los gobiernos para apropiarse a la civilización, las sociedades y al poderío legítimo los Estados. La cátedra, el libro y un periodismo, serio, ilustrado y doctrinario, los vehículos fueron de esta inmensa tarea educacionista, y en ellos hizo Hostos una tan intensamente comprensiva del moderno espíritu científico, tan firmemente asentada en cimientos filosóficos, tan plena de intuiciones luminosas, tan fundamental en sus propósitos, de tanta finalidad en sus resultados y de tal manera ennoblecida por los más puros elementos éticos y estéticos, que justifica el irrecusable prestigio que su originalidad intelectual despierta en la América que piensa y sembrando está para el porvenir.

...Las semi-civilizaciones, a cuyo tipo pertenecen casi todos los pueblos modernos, pues ninguno ha alcanzado a ver la simultánea, armónica y perfecta floración del industrialismo, del intelectualismo y del moralismo, cuya suma cul-

(Pasa a la página siguiente)

beranos, por no se sabe qué extraordinaria sucesión de esfuerzos, había logrado subir al penúltimo pico de la cúspide misma del desolado ventisquero del Planchón, un alpaca de color tan puro como la no medida plancha de hielo que le servía de pedestal. Descendiendo por la vertiginosa pendiente del ventisquero y hundiéndose en los cóncavos senos de la tierra con todo el fragor de dos truenos repetidos mil veces por los ecos subterráneos, dos torrentes furiosos azotaban la mole en que el alpaca se asilaba. Las oleadas la sacudían, las espumas la salpicaban, los horriblos truenos la amenazaban y la tímida alpaca no temía.

Muy por debajo de la cumbre, al pie del ventisquero, una turba de enfermos que habían ido a buscar la curación de sus dolencias o de sus pasiones en aquella salúfera desolación, se entretenía contemplando la angustiosa lucha entre el débil andícola y los fuertes Andes; y, como siempre que los hombres se entretienen, los unos se mofaban del débil, los otros celebraban con risotadas las irracionales mofas, éstos tiraban piedras que no podían alcanzar al inaccesible animalito, aquellos trataban de acosarlo con sus vociferaciones, alguno que otro lo compadecía, sólo uno tomaba para sí el ejemplo que él le daba, y todos deseaban que llegara el desenlace cualquiera que esperaban.

Mientras tanto, el alpaca solitaria, indiferente a los gritos y las risas de los hombres, impasible ante el estruendo y el peligro, buscaba un punto de apoyo en la saliente de hielo petrificado que coronaba el ventisquero, y después de caer una y más veces, logró por fin encaramarse en el único seguro de aquel desierto de hielo desolado. Entonces, conociendo por primera vez el peligro de muerte que había corrido, y oyendo por primera vez las vociferaciones que lo habían acosado, dirigió una mirada plácida a los hombres, a los torrentes desenfrenados y al abismo a donde habían tratado de precipitarlo, fijó la vista en el espacio inmenso, y percibiendo sin duda cuán invisible punto son los seres mortales en la extensión inmortal de la naturaleza, transmitió a sus ojos expresivos la centelleante expresión de gratitud que a todo ser viviente conmueve en el instante de su salvación; y dirigiendo otra mirada sin encono a las fuer-

zas naturales y a los hombres que lo habían acosado, por invisibles senderos se encaminó tranquilamente a su destino.

En el alma de todo ser racional que ha logrado salvar las dificultades de una obra trascendental, se manifiesta el mismo fenómeno que observé en el alpaca descarriada de los Andes. Por encima de toda pasión odiosa se levanta en el fondo el sentimiento de la gratitud.

Yo la siento profunda, y la proclamo en voz alta ante vosotros.

Todos, en el gobierno de la nación, en el gobierno del municipio, en el gobierno de la familia, en el gobierno de la opinión como legisladores, presidentes y secretarios de Estado, como representantes de la comunidad municipal, como jefes e inspiradores del hogar, como guías de la opinión cotidiana, todos vosotros, así los presentes como los distantes, así los que sostuvisteis como los que iniciasteis esta obra, así los que desde el primer momento descubristeis la intención redentora que ella conlleva como los que hayáis tardado en ver la pureza de sus designios, así los que hayáis podido calumniarla como los que la hayáis combatido por error o por sistema, así los claros enemigos de la obra como los oscuros enemigos del obrero, todos sois dignos de gratitud, porque habéis contribuido a un beneficio que la República estimará tanto más concienzudamente cuanto mayor número de generaciones, redimidas por este esfuerzo común de redención, vengan a darle cuenta de la causa fundamental de la serie de bienes que en lo porvenir sucederá a la maraña de males que en lo pasado le envolvían.

Todos habéis contribuido a esta obra, los unos excitando con vuestra simpatía las pasiones generosas del amigo, los otros estimulando, en el que inútilmente quisisteis considerar como enemigo, las reacciones sublimes que el odio injusto promueve en las almas poseídas de la verdad y de la justicia.

Factores del bien como habéis sido todos, acaso deseáis que se le exponga, tal cual es, a los ojos atentos de la República; y ese deseo es el que va este discurso a complacer.

Harto lo sabéis, señores: todas las revoluciones se habían intentado en la República, **menos la única que podía devolverle la salud.** Estaba muriéndose de falta de razón en sus

propósitos, de falta de conciencia en su conducta, y no se le había ocurrido restablecer su conciencia y su razón. Los patriotas por excelencia que habían querido completar con la restauración de los estudios la restauración de los derechos de la patria, en vano habían dictado reglamentos, establecido cátedras, favorecido el desarrollo intelectual de la juventud y hasta formado jóvenes que hoy son esperanzas realizadas de la patria: o sus beneméritos esfuerzos se anulaban en la confusión de las pasiones anárquicas, o la falta de un orden y sistema impedía que fructificara por completo su trabajo venerando.

La anarquía, que no es un hecho político, sino un estado social, estaba en todo, como estaba en las relaciones jurídicas de la nación; y estuvo en la enseñanza y en los instrumentos personales e impersonales de la enseñanza.

Para que la República convalciera, era absolutamente indispensable establecer un orden racional en los estudios, un método razonado en la enseñanza, la influencia de un principio armonizador en el profesorado, y el ideal de un sistema superior a todo otro, en el propósito mismo de la educación común.

Era indispensable formar un ejército de maestros que, en toda la República, militara contra la ignorancia, contra la superstición, contra el cretinismo, contra la barbarie. Era indispensable, para que esos soldados de la verdad pudieran prevalecer en sus combates, que llevaran en la mente una noción tan clara, y en la voluntad una resolución tan firme, que, cuanto más combatieran, tanto más los iluminara la noción, tanto más estoica resolución los impulsara.

Ni el amor a la verdad, ni aun el amor a la justicia, bastan para que un sistema de educación obtenga del hombre lo que ha de hacer del hombre, si a la par de esos dos santos amores no desenvuelve la noción del derecho y del deber: la noción del derecho, para hacerle conocer y practicar la libertad; la del deber, para extender práctica-

mente los principios naturales de la moral desde el ciudadano hasta la patria, desde la patria obtenida hasta la pensada, desde los hermanos en la patria hasta los hermanos en la humanidad.

Junto, por tanto, con el amor a la verdad y a la justicia, había de inculcarse en el espíritu de las generaciones educandas un sentimiento poderoso de la libertad, un conocimiento concienzudo y radical de la potencia constructora de la virtud, y un tan hondo, positivo e incommovible conocimiento del deber de amar a la patria, en todo bien, por todo bien y para todo bien, que nunca, jamás pudiera ser posible que la patria dejara de ser la madre alma de los hijos nacidos en su regazo santo o de los hijos adoptivos que trajera a su seno el trabajo, la proscripción o el persegui-miento tenaz de un ideal.

Todos y cada uno de estos propósitos parciales estaban subordinados a un propósito total; o, en otros términos, era imposible realizar parcial-

mente varios o uno de estos propósitos, si se desconocía o se descuidaba el propósito esencial: el de formar hombres en toda la excelsa plenitud de la naturaleza humana.

Y ese fin ¿cómo había de realizarse? Solo de un modo, el único que ha querido la naturaleza que sea medio universal de formación moral del ser humano: desarrollando la razón; diré mucho mejor, diciendo la racionalidad; es decir, la capacidad de razonar y de relacionar, de idear y de pensar, de juzgar y conocer, que sólo el hombre, entre todos los seres que pueblan el planeta, ha recibido como carácter distintivo, eminente, excepcional y trascendente.

Y para desarrollar la mayor cantidad posible de razón en cada ser racional ¿qué principio había de ser norma, qué medio había de ser conducta, qué fin había de ser objeto de la educación?

¿Habíamos de dejar las cosas como estaban? Habríamos seguido obteniendo del siste-

(Pasa a la página 14)

Apreciaciones...

(Viene de la página anterior)

minante sería la civilización o ideal sociológico, no han pasado aún, especialmente en la América hispana, de lo que Maeterlinck llama "la edad de las generaciones sacrificadas". Sacrificadas por su neurosismo político al Moloch, ebrio de sangre, de la guerra civil; por su deficiencia de educación y de su potencia económica, al estancamiento y a la depresión, y por la relajación de su potencia jurídica al histerismo anárquico o a las pavuras del caudillaje, de la tiranía criolla, de todas las formas del absolutismo. Dos remedios hay para ese mal, dos caminos para salvar ese vórtice: la remodelación del alma pávida o impulsiva de las multitudes por una educación sistemática, vigorosa, incansable; la escultura del pensamiento colectivo por el perseverante cincel de la voluntad pedagógica, por la inculcación firme del doble y correlativo concepto del derecho social y del deber ciudadano. Esa la obra de los educadores del tipo de Vargas, de Ocampo, de Pinzón Warlostén, de Sanabria, de Sarmiento, de Hostos, para hablar el lenguaje de Carlyle, del héroe como educador. Cuando el mal se agra-

va, cuando la conciencia colectiva se esfuma en evanescentes penumbras, cuando el resorte moral de un pueblo se ha dislocado al punto de ser ya imposible la salvación por el esfuerzo común y la misión docente, entonces viene la reacción del Estado contra la sociedad: es decir, del núcleo de aceros cerebros que representan lo que queda de razón y de conciencia pública, que asume la imposición coactiva de esa razón, y de esa conciencia sobre la soporosa bruma de la estulticia general o sobre el hervor tumultuario del extravío colectivo o los espasmos de la pasión insana. Si eso no es posible, si en ese agregado informe que fué un pueblo no ha sobrevivido un grupo de elección, una conciencia solitaria, viene el "tirano providencial" o todo ha concluido. De los dos términos de este dilema ineluctable, civilización o muerte, sólo queda el segundo; la Historia ha visto el naufragio irremediable de más de una nacionalidad.

El mensaje de Hostos es, en definitiva una afirmación. La posibilidad de remodelación de los agregados políticos hispano americanos por medio de una fuerte y sistemática actuación educadora que arranque en el estudio comprensivo de su Geografía evolutiva, de su Sociología, de su Historia, de su derecho privado, de su potencia jurídica, de su potencia económica, de su política, de sus necesidades y vinculaciones internacionales, y culmine en

J. PIEDRA C.

SASTRERIA AMERICANA
PARA GENTE DE BIEN

75 varas al Oeste del Parque Morazán (Avenida de las Damas)

la moral colectiva, en la correlación inmutable de los derechos y de los deberes públicos como sociedades y como pueblos; la posibilidad, pues, de su cumplimiento de la ley del ideal o de la civilización en la perfecta eutimia y omnilateral concurrencia de sus tres caracteres esenciales: el industrialismo, el intelectualismo y el moralismo. Hostos, a quien pudiera por ese sentido, por la magnitud de su edificio intelectual, llamarse el Herbert Spencer de la América hispana, no se limitó al apostolado pedagógico ni a la especulación científica y filosófica; para dar a su alto cometido docente la sanción del hecho y el estímulo de la ejemplaridad, laboró por la República en España, por la independencia en las Antillas, por la prosperidad material en el Perú y en Chile, por la reforma del método educacionista público y privado en Lima, en Santiago y en Caracas; por la fundación de la educación científica en Santo Domingo; por la libertad y la unidad en toda la América; por la libertad, el Arte, el Derecho, la Ciencia, la Civilización, en fin, en todo el orbe español.

Los pueblos colombianos han tenido su hora trágica de la agonia de Getsemani, de la duda hamlética, del abatimiento y del sudor de sangre, y esa hora ha durado cien años; empero, la estrella que preside sus destinos fulge ya sobre entreabiertas rosas de aurora. Al heroísmo de la acción que nos dió independencia como Estados, se congrega, en el ara de las adoraciones nacionales, el heroísmo del pensamiento que afirma nuestra dignidad como pueblos. Es bien, pues, que al héroe representativo, soldado y libertador, hermanemos para los propósitos de la justicia y la rememoración el héroe representativo, pensador y educador; al arquitecto de naciones, el escultor de espíritus... No hay que olvidar que Carlyle y Emerson nivelaron en su panteón de superhombres a Mahoma, a Napoleón y a Cromwell con Platón, con Dante, con Shakespeare, con Johnson y con Goethe. En el apostolado de las ideas, Hostos es en nuestro mundo americano una cumbre; su vida como pensador y como propagador tiene la tersura, la resistencia y la unidad de un mármol pentélico; cumbre es por la triple aptitud mental, moral y funcional y por la triple excelencia de la razón, de la intención y de la misión; por la potencialidad de su obra y por su finalidad. La iniciativa genial que hace comparecer al llamamiento de Bolívar una constelación de pueblos libres, esplende en otra mentalidad diversamente orientada y suscita a la voz del maestro una constelación de espíritus libres. Bolívar hace de toda la América el ara en donde encumbra la llamarada de su genio y se forja una patria continental. El pensador cosmopolita de la América levanta una cátedra que tiene por términos de resonancia las aulas

de Buenos Aires y Santiago y los paraninfos de la Habana y Santo Domingo y hace de la América Latina una vasta patria moral. Yo presento esos dos hombres-síntesis—conciencia política, el uno y conciencia moral el otro de un continente,—esos dos profesores de salvadora energía que condensan en su obra y en su vida el concepto de la solidaridad hispano americana en su forma más alta, a la juventud universitaria de Venezuela que me escucha, como quisiera presentarlos a la de mi patria colombiana y a la de toda la gran patria hispánica. Los presento a esa fuerza nueva que está elaborando el porvenir y lleva, en el desierto, los penates de la América; a esa teoría del ideal, a cuya marcha se abre la postrimera etapa de la peregrinación de un siglo; los presento como dos columnas de fuego en ese desierto de la desconfianza y de la prueba que, según dice hermosamente Santiago Pérez, se extiende siempre delante de toda tierra de promisión.

Carlos Arturo Torres

(De *Estudios de crítica moderna*. «Biblioteca Andrés Bello». Editorial América. Madrid).

...; ese vigor irreductible de la personalidad, capaz de salir victoriosa en todas las pruebas que la vida impone, es forma sustancial de la raza, y a todas partes la ha acompañado y seguido, imponiéndose, como sello perdurable de su genio, en el carácter de algunos grandes hombres que constituyen la representación heroica de los pueblos engendrados por España para la civilización y la cultura occidentales.

Por eso en nuestras repúblicas americanas aparecen de vez en cuando en el curso de la Historia, a pesar de lo revuelto del medio y no obstante la anarquía intestina que tanto suele rebajar la dignidad de las naciones, hombres que, reproduciendo lo que por herencia secular recibieron, saben conservar la pureza de su espíritu y rechazar heroicamente los compromisos exigidos y ganados a los débiles por la vida contra la moral, por la realidad con-

tra el ideal incorruptible. De estos hombres fué el insigne educador y moralista don Eugenio María de Hostos, una de las más altas y más fuertes representaciones simbólicas de nuestra raza hispano americana.

La vida perfecta es la vida fundada en la razón, que se aparta lógicamente del remordimiento y que no teme la muerte; es plenitud libre y feliz que, dominando los apetitos corporales y las pasiones, descansa sobre el poder absoluto que el conocimiento proporciona.

El fondo propio de la naturaleza humana es la naturaleza racional, suprema dispensadora de paz inalterable en medio de las vicisitudes de la existencia.

Por eso Hostos declara que la base de la educación debe ser el cultivo de la inteligencia; por eso dice elocuentemente en aquel memorable discurso pronunciado en 1884 en la Escuela Normal de Santo Domingo, al graduarse de maestros sus primeros discípulos americanos:

“¿Qué enseñanza era necesaria para verificar la revolución saludable en esta sociedad ya cansada de revoluciones asesinas? La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales, y atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad”.

“Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozáis el mundo; y yo, con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis destrozado. Y no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales; os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto—para disparar el pensamiento entero—con el mun-

do que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural”.

“Y qué sería yo, obrero miserable de la nada, para tener esa virtud del todo? Lo que podríais ser vosotros todos, lo que pueden ser todos los hombres, lo que he querido que sean las generaciones que empiezan a levantarse, lo que, con toda devoción, con toda la unción de una conciencia que lleva consigo la previsión de un nuevo mundo moral e intelectual, quisiera que fueran todos los seres de razón: un sujeto de conocimiento fecundado por la naturaleza, eterno objeto de conocimiento”.

Tal es la admirable, la sublime profesión de fe del gran racionalista americano que, como pedagogo y como apóstol, vivió seducido por las proporciones estéticas de su síntesis intelectualista, creyendo con toda firmeza, en el fondo más íntimo y recóndito de su noble ser, que bastaba abrir a las inteligencias, entenebrecidas por el prejuicio o la estulticia, el fecundo campo de las especulaciones científicas, poniendo en íntimo contacto al yo y al mundo, y arrancando de raíz todo obstáculo intermediario, tradicional o no, para que, al imponerse en cada conciencia la verdad, por el divino fiat genésico de la razón, brotara, al mismo tiempo, como el fruto más lozano y espléndido de la labor científica, el reconocimiento del bien y la moralización incontrastable de los hombres.

Todo el discurso mencionado, que es, quizás, la obra maestra del pensamiento moral independiente en la América española; pero especialmente los párrafos en los cuales Hostos revela su profesión de fe, pueden equipararse a los mejores trozos clásicos en los cuales los grandes pensadores de todos los tiempos han alcanzado la expresión literaria perfecta, como consecuencia natural de la perfección lógica de las ideas.

Antonio Caso

(De la conferencia *La filosofía moral de Hostos*; en la obra «Filósofos y Doctrinas morales», México, 1925).

Quando quiera tomar una Buena Cerveza

pidá

“Selecta”

Es un producto “Traube”

José Martí en Costa Rica

FRAGMENTO DE UN ENSAYO INEDITO

= Envío del autor. =

En carta remitida desde Nueva York, el 25 de mayo de 1893, al general Maceo, expresaba Martí: mañana tomo el vapor con rumbo a Ud.—Costa Rica— aunque parándome por el camino a arreglos previos, y espero, sin aparato y anuncio de ninguna especie, estar en Puerto Limón del 15 al 30 de junio. En efecto, el 30 de junio de 1893, Martí se encontraba en nuestra tierra.

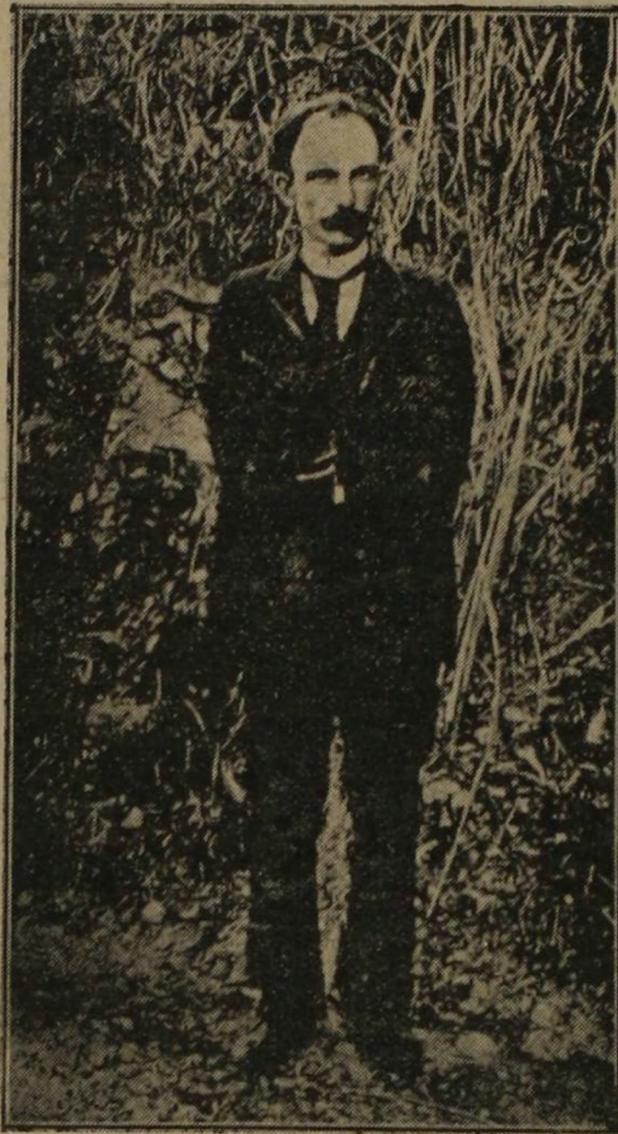
El 1º de julio de 1893, en *El Heraldo de Costa Rica*, el director Pío Víquez, en sección editorial, con el título de *Cubano Ilustre*, saludó al visitante: un hombre muy notable, un escritor y literato muy distinguido, está con nosotros desde ayer noche. (Ingresó Martí en la capital el viernes treinta de junio). El señor don José Martí acaba de llegar a San José. Aunque sabemos de memoria cuántos son los merecimientos y hasta dónde sube el precio de esa alta personalidad latinoamericana, no podemos decidirnos a tributarle hoy nuestras frases de alabanza y consideración. Para decir de las personas que imponen respeto, se necesitan mucho más tiempo, meditación y esmero. Ahora acabamos de ver al señor Martí, y apenas hemos tenido tiempo para reponernos de la sorpresa causada a nuestro ánimo con la presencia de ese enérgico luchador americano, por el triunfo del derecho democrático y la cultura racional de los pueblos de América. El señor Martí es persona de nombre. En los mismos Estados Unidos del Norte, nación donde ha vivido y desempeñado oficios muy recomendables, cuenta con muchos aprecio y admiraciones que lo enaltecen. Que el patriota cubano, tan inteligente como culto, se digne conceder acogida al testimonio que le ofrecemos de nuestro cordial saludo".

Hasta aquí el editorialista.

El Diario del Comercio que dirigía José M. Gutiérrez, el 2 de julio, en columna de honor, consagró una salutación al huésped. Entre otros conceptos espumosos de simpatía, tiene éste: en nuestras humildes regiones se le conoce, se le admira y se le ama.

El domingo 2 de julio, Martí fue obsequiado con un demostración de aprecio, en irradiadora anficiónia, que se verificó en el *Gran Café*. Hombres de ciencias y letras ofrecieron al enamorado de la causa de la democracia, un almuerzo. Al terminar, el homenajeado, calor todo él, habló extensamente, el idioma del derecho y en manera particular la bienhechora lengua del idealismo neto, al decir de la crónica inserta el 4 de julio, en *El Heraldo de Costa Rica*.

El lunes—tres de julio—Antonio Zambrana dió una conferencia en el Colegio de Abogados situado en esa sazón cien varas al Sur de la Iglesia del Carmen, donde hoy está instalada la Ferretería Rodríguez Hijos. Trató de la filosofía platónica; de Sócrates; del Logos y de Grecia. Su discurso fué interrumpido



José Martí,

como era cuando estuvo en Costa Rica

por instantes con motivo de haber entrado al salón José Martí, en compañía de don Mauro Fernández y del General Antonio Maceo.

Ascensión Esquivel, que presidía el acto, les recibió y les brindó a su lado un asiento. Zambrana continuó enseguida su oración. La asamblea, al concluir el orador, rompió en un aplauso largo. Datos éstos extractados, para fidelidad histórica, de las publicaciones de la época, del 5 de julio.

Este día, Martí se trasladó a la ciudad de Cartago. Julio hacía algodón en los limoneros. Chicuelos, al presente de una mentalidad de brillo, oyeron su plática, en el Club Punta Brava: los hermanos Volio y los hermanos Sancho.

El viernes siete de julio, a primera hora de la noche, pronunció Martí una conferencia en la Escuela de Derecho, a instancias de unos cuantos jóvenes, dedicada a la Asociación de Estudiantes. Concurrieron al acto Antonio Zambrana y Ascensión Esquivel. Sobre el disertante, expresó Emilio Pacheco, el 9 del mismo mes: "vimos entrar a Martí al salón, pálido y ligeramente encorvado, apoyándose en su amigo el doctor Zambrana, a ocupar el asiento que se le había señalado. Martí está enfermo: hace apenas tres meses fué víctima en Cayo Hueso de criminal asechanza, que no logró matarle; pero sí envenenarle la vida".

Efectivamente, se hallaba muy quebrantado de salud. Los pulmones le fallaban, y el corazón se le quejaba. Antes de emprender viaje a Costa Rica había realizado una precaria escapatoria al campo, para recuperar fuerzas perdidas.

Discurrió el orador acerca de la palabra *patriotas*. Habló con vehemente entusiasmo de la juventud, del porvenir del Continente, de poderosas influencias extranjeras bajo las cuales se desenvuelven y crecen los pueblos de la América latina. Declaró que los hispanoamericanos tenemos vigor bastante para no vivir dominados por la vida y la literatura francesa y española. Se refirió a España; a su arte, a la decadencia sufrida después del Descubrimiento. Al finalizar, con enfervorizado acento, recordó a Cuba, su patria, *única virgen esclava americana*. El conferenciante, "incansable a pesar de sus energías debilitadas, aparentaba agotar en arranques de suprema elocuencia el fuego divino de su inspiración, con frases ora impetuosas y robustas, ora suaves, dulces y llenas de encantadora poesía".

Así, con la sinceridad artística de una fecha que redondea los cuarenta años, comentaba el cronista.

Por espacio de dos horas le oyeron más de cuatrocientas personas. Gran número de admiradores, de ahí a poco, le acompañaron a su domicilio. Muchos le vitoreaban. La "Asociación de Estudiantes" redactaba un periodiquito, "Picío", escrito a mano. La edición alcanzaba a cinco o diez ejemplares. En él, reseñas festivas, versos humorísticos y caricaturas. Fabio Baudrit se iniciaba con las finuras y sonrisas de sus escritos. En "Picío" se publicó una crónica de la disertación de José Martí. Para despedir al Independizador, en párrafos epilógicos, expresó Zambrana en *El Heraldo*: como conozco en lo íntimo, y quiero con entrañable amor, la inteligencia singular, el carácter afable y viril, el corazón de oro, el espíritu sublime de mi ilustre paisano, gozo con su gloria, y hago constar, con delicia, mi nueva deuda de gratitud a Costa Rica por haber colocado un laurel fresco, en la corona de Martí. 11 de julio de 1893.

El sábado ocho de julio, Martí partió a las siete de la mañana, con dirección a Nueva York. En una gacetilla de *El Heraldo* aparecieron estas letras: El señor Martí ha sido entre nosotros objeto de innumerables muestras de respeto y cariño. Desearíamos que el ilustre cubano, conserve de Costa Rica el recuerdo de los buenos deseos de sus amigos.

En el *Diario del Comercio*—8 de julio,—Manuel Argüello de Vars dió su adiós a Martí, en desbordada efusión. Dió del hombre enfermo, de cutis muy pálido. En su semblante se adivinaba el rastro vivo que había dejado una intensa labor intelectual y física, y una abrumadora, constante pesadumbre moral.

(Pasa a la página 12)

La última carta de Vargas Vila

= Colaboración =

Chapinero, junio 9 de 1933.

Sr. don Luis Cano.
L. C.

Querido amigo:

Pongo en sus dignas manos de patriota y de periodista insigne, la carta que me escribió pocos días antes de su muerte. José María Vargas Vila, para que ella sea conocida de los colombianos que, a pesar de las contradicciones de aquel espíritu, admiraron su potencia verbal, los brotes magníficos de su estilo de polemista irreductible y las páginas con frecuencia deslumbrantes de sus obras innumerables.

En Vargas Vila había dos hombres que se contradecían, cual si un demiurgo interior estuviese destruyendo lo que una especie de ángel quería edificar alrededor de un alma que conocía los encantos de la bondad, humanamente pura.

El nombre íntimo era bien distinto del sagitario que pulía flechas para herir a los enemigos de la Libertad y de la Justicia, deidades ante cuyas aras sólo admitía que debieran inclinarse los espíritus rebeldes.

Los sarcasmos que lanzaba el escritor contra sus reales o supuestos enemigos parecían retornar embotados al propio corazón de quien los concebía.

Era tolerante con las ideas y las creencias ajenas; tolerante hasta el punto de que en su casa se veía la imagen del Corazón de Jesús por que así lo quería la noble mujer que cuidó a Vargas Vila durante su vejez, con afecto de hermana que sentía agradecimiento y admiración por el hombre cuya fama de solitario se extendía por el orbé castellano. Rodeado de la familia de Ramón Blanco, su amigo, administrador y secretario, me decía Vargas Vila: "Yo no necesité casarme para tener una familia". Y el ironista sonreía, con aquella sonrisa tan propia de Vargas Vila, entre ingenua y volteriana.

Modesto y orgulloso a un mismo tiempo, complacía en agradecer las más insignificantes muestras de aprecio que le hacían sus admiradores, o sus amigos. A los humildes los exaltaba y con sus iguales era injusto.

Vargas Vila deja una vasta obra: sesenta volúmenes, entre polémicas y novelas, que aun son leídas por la juventud de la clase media, en Es-



Vargas Vila

Visto por García Cabral

Vargas Vila

= De El Tiempo. Bogotá =

¡Cuántos recuerdos se remueven en el fondo de la sensibilidad con la noticia de que Vargas Vila ha muerto! Los niños de hace treinta y cuarenta años leíamos sus obras como un devocionario. Nada sonaba tan bien en nuestros oídos como sus detonaciones. Desalojado el liberalismo del gobierno por lo que convinimos en llamar una traición, para no buscar eufemismos ni sinónimos, y proscribidos algunos de los conductores de mayor autoridad o de mayor nombradía, no nos satisfacíamos sino con los cáusticos. La prosa de Vargas Vila levantaba ampolla en las carnes conservadoras y halagaba el feroz instinto infantil, que tanto goza con las palabras quemantes y con los golpes rudos.

"Borgias de América, Renatos de Colombia, puñado de asesinos, salud!", decía el maestro y repetíamos, ante los jesuitas, ante los adversarios, ante los hombres de la Regeneración, los discípulos. A escondidas nos prestábamos sus libros. Había algunos muy fuertes. Había algunos horribles, como uno sobre "María Magdalena", que pasaba todas las licencias permitidas por nosotros en materia de creencias, porque del propósito ameno de zaherir a los curas saltaba a la profanación de

ennegrecer la figura de Cristo. Había otros tan dulces, tan diáfanos, tan sentimentales, como "Aura o las Violetas", que no acabábamos de soltarlo de las manos cuando ya la imaginación, en un ensueño, se iba tras de la idealizada figura de la primera novia.

Otros había de historia, de política, de biografía, de polémica. Otros vinieron después. Uno tremendo, "Ibis", contra las mujeres. Otro de luces y de sombras, "Los divinos y los humanos", con rápidas siluetas exaltadoras de los últimos, verdaderos caudillos civiles, verdaderos demócratas, y breves pero restallantes condenaciones de los primeros, carne de déspotas. Uno todo sombrío, "Los Césares de la Decadencia", fustigaba a los gobernantes de América que no eran de su agrado. Varias novelas, entre ellas "Flor del fango", de impresionante crudeza; muchos volúmenes "de admonición y de combate"; panegíricos como "La muerte del cóndor", donde escupió a los asesinos de Alfaro; otros de filosofía, de prosa rimada, de meditación de atardecer, como "Huerto agnóstico" y "El archipiélago sonoro",

(Pasa a la página siguiente)

paña e Hispanoamérica. En Río de Janeiro lo encontré un día rodeado de un grupo de cadetes, quienes acababan de mezclarse en una revolución. Le pedían consejo al maestro, y uno de ellos lo besó en las mejillas al despedirse.

Pocos colombianos—quizá ninguno otro—han tenido el renombre que él tenía entre las multitudes del continente.

Si de Hugo, a quien Vargas Vila imitó durante la mayor parte de su vida, hase dicho que sólo quedará un volumen, selección de su vastísima obra, de nuestro compatriota quizá no pasen a la posteridad sino unas pocas páginas de brillantez extraordinaria.

La carta de Vargas Vila, que pongo en las manos de usted, es la despedida del gran pianfentario a Colombia. El estilista de las contradicciones sentimentales—que negaba las cosas y las personas con audacia desconcertante—vuelve sus ojos a la patria, antes de cerrarlos para siempre, y le envía a la madre, que no puede ser ofendida sin que se rompa el corazón, su postrer adiós.

"Yo no viviré ya en ella, pero ella vivirá siempre en mí",

Grito más hondo y más sincero apenas puede concebirse.

Duerman tranquilos sus despojos, en el seno de esa noble tierra española, a la que amó el solitario, mientras llega la hora en que Colombia, madre que no desampara a sus hijos ilustres, los acoge en sus propias entrañas.

Saluda a Luis Cano su amigo y admirador,

Max Grillo

LA DESPEDIDA

Barcelona, abril 19 de 1933.

A Max Grillo
Barcelona

Amigo mío:

Su carta me ha sido dolorosa como toda despedida...

a mi edad y con mis enfermedades, todo adiós es definitivo, y el nuestro lo será;

deseo que su regreso a la Patria sea feliz, y aprovecho esta ocasión para enviar a ella mi más cariñoso y efusivo saludo...

Yo no viviré ya en ella, pero ella vivirá siempre en mí...

le estrecha la mano, y soy su amigo,

J. M. Vargas Vila

A PROPOSITO DE VARGAS VILA

L. C., junio 14 de 1935.

Querido Max Grillo:

Vuelve usted a la patria con doce años más de vida, pero con el mismo ático espíritu y el mismo corazón sensible y juvenil que admiramos sus amigos en otro tiempo. Una hermosa prueba de ello es la carta en que usted hace ayer, en "El Espectador", un corto, pero cálido y justiciero elogio de nuestro ilustre compatriota José María Vargas Vila, a quien no conocí personalmente, pero a quien admiraré siempre, no obstante que en Colombia, hasta estos mismos días, en que llegó la noticia de su muerte, fué signo de buen gusto hablar despectivamente de sus obras y ridiculizar al autor, sin advertir que un hombre que vivió exclusivamente, y casi durante medio siglo, de su pluma, en países extraños, conservando, por encima de todas las contingencias de su vida, el decoro de su persona, sin pedir nada a su patria, ni a sus conterráneos, ni recibir nada de ellos, merecía, a lo menos, respeto.

Le hace usted plena justicia al encomiar su potencia verbal, los brotes magníficos de su estilo de polemista irreductible, y las páginas "de brillantez extraordinaria", y, con frecuencia, deslumbrantes de sus obras. Yo agrego, en acuerdo perfecto con nuestro amigo Sanín Cano, que hay pasajes en algunas obras de Vargas Vila que de mil amores habría prohiado Gabriel D'Annunzio, como prohió otros de Flaubert.

Lo comprende usted a fondo cuando observa que era modesto y orgulloso a la vez, y que se complacía en agradecer (a veces, hasta la exageración, me consta) las muestras de aprecio que le hacían sus admiradores o sus amigos. En mayo del año pasado, presintiendo su próximo fin, dirigió a un amigo de Bogotá una carta conmovedora, que me llegó al corazón, y, por primera y única vez en mi vida, le escribí. Su respuesta la conservo junto con la carta que, también en vísperas de su muerte, me escribió don Rufino José Cuervo al recibir "El jardín de las Hespérides". Vargas Vila, como todos los grandes espíritus, no conoció la envidia.

Lo aprecia usted en debida forma al constatar que quizá ningún otro colombiano tuvo el renombre que él tenía en-

tre las multitudes del continente; pero no sólo entre las multitudes, agrego, sino entre los letrados. Yo empecé a apreciar a Vargas Vila en Caracas, en mis primeras conversaciones con Manuel Díaz Rodríguez y Laureano Valle-nilla Lanz.

Por último, erco con usted, que apenas puede concebirse

grito más hondo y más sincero que el de las palabras con que se despidió de su patria:

"Yo no viviré ya en ella; pero ella vivirá siempre en mí".

Palabras de exquisita belleza que me recuerdan las que Lord Byron hizo inscribir en la tumba de su hijita Allegra, muerta a los cinco años: "Yo

iré hacia ella; ella no vendrá más a mí".

Las cenizas de Vargas Vila deben reposar en su patria, y estoy seguro que no estaremos solos, querido Max Grillo, el día que, como buenos colombianos, cumplamos este sagrado deber.

Lo quiere y lo admira,

C. Hispano

Vargas Vila...

(Viene de la página anterior)

cuajados todos de exageraciones y de pensamiento.

No hubo nadie en Colombia más leal con su destino. No cambió de tono nunca. Nació para escribir y no quiso ser sino escritor, panfletario, vengador de los esclavos, fustigador de los amos, lleno de majestad y de cólera en su augusta soledad, que él siempre imaginó en la isla de Patmos, cruzada de relámpagos. Se levantó en la pampa como el huracán, descujó en su vertiginosa carrera árboles centenarios cuando llegó a la selva, ganó las cumbres y sacudió en ellas los nidos de los cóndores. Para sus prosas tomó una pluma al ave caudal y la mojó en sangre. Todo lo de él fué sangre, como en el hombre del águila y de la serpiente, porque todo en él fué espíritu.

Nadie conocía mejor la mitología, la historia de la antigüedad, la literatura clásica. Todo lo aprovechaba. Le quedó de nuestros escritores del siglo pasado el gusto por las comparaciones con los personajes históricos y las citas frecuentes de la leyenda y del mito. Sobre cualquier andrajo contemporáneo ponía la púrpura de un símil que honraba aún deshonorando. La simple asociación de los nombres famosos con los de quienes aspiraban a tenerlos de la misma clase, ya era una caricia para la vanidad, que más tarde se encendía y se desataba en alaridos, porque la comparación tenía las propiedades de la túnica de Neso.

Se hizo a un estilo, de frases cortas, cortantes, con mala puntuación, que daban la ilusión del látigo. Fácilmente podía imaginarse como a un profeta, los ojos inyectados, vibrátiles las aletas de la nariz, como las de los caballos, los labios temblorosos, maldicientes, salpicados de espuma. De amplia túnica, calzado con sandalias, al viento la melena alborotada, los siete ramalas en la diestra! Y el acento salía como de un órgano. Y en él iba la tempestad, porque el espectáculo de la comedia humana, y con mayor razón el de la tragedia, no daba para la sonrisa. Vargas Vila, el escritor, no sonreía. Era la indignación hecha carne y hecha fuego y hecha apóstrofes.

Por eso no se mantuvo a la altura de su primera fama. En la infancia veíamos en él algo como a Moisés en el Sinaí. Difícilmente

se distinguían sus facciones de inspirado en medio de las centellas. Pero nos hicimos al espectáculo. Todos los que fuimos sus adoradores de niños, llevados por la curiosidad nos acercamos al ídolo. Y si no llegamos a la conclusión de que había en él un espanto patentado, ni le descubrimos el truco, si nos acostumbremos a la cólera. No nos volvió a hacer efecto. Desmontado su estilo, ahalizadas sus frases, aplicada la crítica a lo que ha debido ser así no más, como era, una explosión, algo rápido, y continuado el sistema a lo que ya no lo admitía sino por costumbre de aplicarlo, Vargas Vila se fué poco a poco convirtiéndose, en el concepto de sus antiguos fieles, en un buen señor bravo.

Su prosa, la misma prosa de su amanecer literario, ya no levantaba ampolla. Los mismos rugidos de su iniciación se volvieron maullidos. Y en la constante presentación de él mismo como un solitario, un abanderado de la libertad, un incontaminado, que hacía estremecer de admiración y de entusiasmo a sus devotos, empezó a provocar leves sonrisas. Después hubo carcajadas. Pero él no cambió, no se dejó intimidar, lanzó a sus émulos y a sus infieles seguidores salivazos de desdén. Estaba lleno por dentro de fuegos artificiales. Cualquier ataque equivalía a acercarle una llama a la mecha. Se prendía el castillo! Rodachinas, cohetes, truenos, chispas, toda una maravillosa víspera de fiesta religiosa! Pero los infieles aguardaban al final y no querían ver el recuerdo de la luz y de las combinaciones de magnesio y de Bengala, sino el armazón de caña, ligeramente ahumado, como resultado de la hermosa iracundia.

Llegó como una moda la actitud de diversión con Vargas Vila. Ya querían manosearlo currutacos y peleles. Le desconocían la erudición y le desconocían la admirable riqueza de su léxico. A él no le importaba. Sabía lo que valía. Y aunque fuera exagerada la propia estimación, el saldo le era favorable, entre los grandes agitadores de ideas y entre los más constantes creadores de belleza que haya visto nuestra América Hispana. Es quizá el nombre más conocido, sin que pretendamos decir que es el mejor, de los

escritores del continente durante medio siglo.

En él había algo superior al escritor: el conversador. Es concepto que le oímos a Antonio José Restrepo. El hombre colérico de "Némesis" desaparecía. Surgía otro cordial, alegre, retozón, que reía espléndidamente. Era un narrador incomparable y tenía salidas que acreditaban el caudal de su vena y la prontitud de su ingenio. Damos una muestra. En algún país un escritor dijo que conocía de nombre a Vargas Vila porque había visto alguna de sus obras en manos de la cocinera. "Eso demuestra, contestó inmediatamente Vargas Vila, que en ese país tienen más talento las cocineras que los escritores". Y ganó la partida. De esas ganó ciento.

Se fué viendo morir con una calma de estoico. Hay páginas suyas de una melancolía que agarra, que penetra, que enferma, pero no es lacrimosa. De tejas para arriba, como el otro, no creyó que hubiera sino nubes y gatos. El mundo despertó su curiosidad, pero no ganó su afecto. Se creyó llamado a un gran destino, el que cumplió, de enfrentarse al despotismo, aun en ejemplares que no cabían en la clasificación, y de adorar la libertad con la vehemencia sexual del hombre hecho para andar solo, que únicamente en la abstracción, es decir, en un ideal, puede hallar compañera.

Vida triste, al fin y al cabo, pero grande, pero bella, de infatigable luchador, la pluma en ristre, como una espada, como una lanza, como un florete, para hundirla hasta los gavilanes en la carne pecadora del tirano o para dibujarle en la piel su signo de dominador al indigno de toda su venganza. Desdeñoso con la tierra de donde surgió a la vida y a la fama, en el atardecer sintió el rebote de todos los zumos íntimos, y en una pequeña página de una gran dulzura y de una gran nobleza expresó su tristeza por no ser un combatiente, y ofreció a Colombia el acero de su pluma. Es lo último que conocemos de él... Sobre esas frases de filial emoción acaba de caer como sobre su escudo. Colombia lo recoge para llevarlo al panteón de sus hombres eximios. No lo llora, porque él no quiso ser llorado, pero siente la tristeza que en toda nación debe seguir a la pérdida definitiva de sus valores profundos.

L. E. Nieto Caballero

Una plaquette de Salvador Novo

= Colaboración =

Se quisiera hablar de esta elegante plaquette, que el autor gentilmente alejó del comercio, como de un breviario de amor, primorosamente miniado para ser leído, al caer de tarde muy ardiente, en un jardín desierto, vigilado por la torre de algún palacio florentino.

En las treinta páginas de Nuevo Amor hallará el historiador, futuro, de nuestro momento literario uno de los ejemplares más sugestivos de esa poesía que no por huir de la plaza pública es merecedora de existir sin comentarios.

Este joven escritor que, según afirma Eduardo Colín, descuella entre los de su generación por actividades muy aparentes: versos, ensayos, artículos, viajes, crítica, novela, cátedra, conferencia y cierta literatura "privada" con muchas especies, plantea un problema, al que no aludiré hoy, para quien estudia su obra, —aun no abundante pero rica en cualidades.

Mas tratemos de llevar al ánimo del lector algunos rasgos de la fisonomía espiritual de quien no ha titubeado, al escribir, en arrojar a la hoguera que alimentaba su inspiración todos los materiales necesarios para mantener la tensión más alta; Benvenuto habría arrojado al bronce líquido en que iba a fundir el Perseo la daga de mejor cincelado puño, bendecida por el Papa, con el mismo impulso con que Novo dejó en sus poemas el frenético amor y la áspera melancolía de las lágrimas.

Este humorista, a veces cruel, de su primer libro Ensayos, y aparentemente frívolo autor de Return Ticket, es un romántico cuando nos confía alguna de las más violentas y dulces ráfagas que agitan las nubes de su Sturm und Drang.

Pero del romántico guarda sólo la savia novísima y poderosa que ha de nutrir un fruto magnífico, permitiéndole realizar el más bello esfuerzo de los humanos:—¡oh Valery—convertir en orden el desorden y transformar en poder las probabilidades. Imaginará fácilmente el menos perspicaz a qué desenfreno habría sido llevado otro poeta, sacudido por una pasión cual la señora del pulso que modeló, febricitante, los seis cantos de Nuevo Amor.

Ni la rima ni el ritmo exclusivistas y propios de la retórica colegiala trazan las métricas curvas de los versos. Puede reconocerse el predominio de los endecas y heptasilábicos; y se explica fácilmente que Novo en ese molde vacíe con éxito plenario sus ideas o su sentimiento arrebatado, puesto que, para los conocedores de esa literatura privada que menciona Colín, es familiar la maestría con que utiliza el soneto de más puras líneas y sonoridades, lo mismo que las otras formas que el Siglo de Oro hizo famosas.

En la primera página escribe, como un desdeñoso "qui potest capere capiat", con palabras que yo imagino de Shakespeare:

Thy bosom is endeared with all hearts
Which I by lacking have supposed dead;

Y se inicia, con un acorde digno del más musical y sutil Herrera Reissig, el encantamiento:

"La renovada muerte de la noche.."

Mas quien espere que la tonalidad del poema siga envolviendo la melodía en ambientes semejantes al creado por el primer verso, ¡cuán honda equivocación habrá de sufrir! El funambulismo del salto nos arranca de las estelares quietudes para llevarnos a presencia de los pormenores menos poéticos que recordarse puedan: una cámara, "tenderse al lado de los libros", "cripta de familia en la que existe en cada espejo y en cada sitio la evidencia del crimen", roperos, "ahorcados que penden de cada lámpara", el "veneno de cada vaso que apuramos" y "la silla eléctrica en que abandonamos nuestros disfraces para ocultarnos bajo los solitarios sudarios". (Adviértase las asonancias).

No es posible, por falta de espacio, citar el poema en su integridad, pero el resto, como lo semitranscrito, sólo contribuye a revelarnos la singular destreza con que relata un hecho difícil de adivinar y que, para muchos, necesitará una "traducción", como las Soledades o el Polifemo del cordobés imaginífico.

Poesía oscura. Mejor. Para mí son poetas mayores quienes para hacerse comprender obligan al lector a realizar una gimnasia difícil. Y que los perezosos, y los de inteligencia y sensibilidad limitados, agradezcan el ser convertidos, a pesar de su inercia, en creadores de hermosura al interpretar el texto arduo que no entrega al primer venido sus secretos.

En el segundo canto las metáforas adquieren una desolada efusión: soliloquio

de naufrago frente a torvo crepúsculo. Oigamos:

"Tú, yo mismo, seco como un viento derrotado—que no pudo sino muy brevemente sostener en sus brazos una hoja que arrancó de los árboles...—oh tempestad, diluvio de hace ya mucho tiempo!... Y me fué desde entonces indiferente el mundo e infinito el desierto—y cada nueva noche musgo para el recuerdo de tu abrazo. Lloro como una madre que ha reemplazado al único hijo muerto—lloro como la tierra que ha sentido dos veces germinar el fruto perfecto y —mismo"...

Querría reproducir íntegro el tercer canto, porque fragmentariamente no es posible dar idea de su aliento, de su ritmo fascinador, y del mágico poder de las imágenes estremecidas por ansia apasionada: "Te arranqué de la tierra por las raíces ebrias de tus manos y te he bebido todo ¡oh fruto perfecto y delicioso!"

Y el final, en que la procerca gracia del hiperbaton latino prende en la malla de la sintaxis inflexible los postreros seis vocablos, de los cuales en cuatro tiembla la caricia desmayada de las aes:

"cálida para mí que la esperaba".

Jorge Cuesta, en una nota de penetrante análisis que con la del crítico mencionado al comenzar ha mejor acusado los rasgos salientes de Novo, dice: "Algunos querrían que su verso se apasionara".

Están complacidos. Ya leerán, con feliz sorpresa, el canto último:

"Al poema confío la pena de perderte. He de lavar mis ojos de los azules tuyos, faros que prolongaron mi naufragio... Vuelva la noche a mí, muda y eterna—del diálogo privado de soñarte —indiferente a un día que ha de hallarnos ajenos y distantes".

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras "NATIONAL"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "ROYAL"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH,
Socio Gerente.

RAMON RAMIREZ A.,
Socio Gerente.

Alguien hará observar que es un tema de poesía poco levantado esta anécdota que, en suma, narra instantes de amor en una cámara propicia. Nada importa. ¿No transfiguró Goethe su habitación calificándola con uno de los más nobles epítetos del lenguaje: "dadas Eckchen mit dir, Liebchen, unendlich mir scheiint"...

En la Glosa Incompleta en tres Tiempos sobre un Tema de Amor resalta ese dominio de las formas del verso amatorio, caro a los vates cortesanos de otro tiempo.

Novo, que según confesión propia, gusta del fluyente caudal poético de Proust, halla cauce y ambiencia adecuados por el sonoro y ágil octosílabo, en que el ingenio de nuestros mayores precisamente engastó muchas de sus más preciadas joyas.

Así mismo en el Breve Romance de Ausencia, que termina la plaquette.

Encierra en un paréntesis la segunda parte de la Glosa, que no responde tal vez a la primera y que, por las inclinaciones del poeta a la ironía, me hace sospechar—después de haber leído Nuevo Amor—que debe preguntarse a veces con Baudelaire: Ne suis-je pas un faux accord-dans la divine symphonie-grace a la vorace ironie-qui me secoue et qui me mord?

Y de las otras dos composiciones que informan el librito, Poema y Poema Interrumpido, no hablaré porque deben ser juzgadas desde otro punto de vista; creo que fueron escritas con anterioridad.

De este desconcertante escritor a quien he visto realizar con un dinamismo indeficiente trabajos difíciles, acerca del doctor Puig Casauranc, quien es también de una actividad para mí casi enfermiza, al mismo tiempo que aprender a bailar, a nadar, a jugar bridge, y a estudiar quién sabe qué extraña cien-

OCTAVIO JIMENEZ A.

Abogado y Notario

OFICINA:

50 varas Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.

Tel. 4184 — Apdo. 338

cia médica, rama de la psicología, trazaré alguna ocasión su retrato en cabeza.

Mis amigos comprenderán que sólo un viaje largo por mar no tranquilo puede sugerirme la exégesis del don de lágrimas—¡oh, mis lejanos místicos doctores!—que Novo evidencia en su producción reciente, haciéndome recordar a Racine creador de *Britanicus* y *Andromaca*, y al plangente mitrado de Hipona hundiéndose el escalpelo de las Confesiones. Sólo después de gozar tiempo borrascoso podría concluir en el puerto, ya nostálgico yo de inmensidades, la flamígera explicación rememorando la juventud de Píndaro, amigo excepcional del atleta Trasíbulo de Agrigento, o su muerte a los ochenta años en los brazos de Theoxeno de Tanedos, mientras los espectadores, mudos por la catharsis de la tragedia que sublimaba la orquesta taumaturga, no reparaban en el desfallecimiento letal del altísimo lírico de Grecia.

Post Scriptum.

Acaso entonces comenzaré a escribir el colofón, indolentemente lapidario, que refiera el asombro que sembró, en mi cristianismo, con el alma pagana mariposa que inmoviliza, en éxtasis, su delirante curva entre las hojas de este alucinante Nuevo Amor.

José D. Frías

México, Tlalpam, Quinta Beethoven,
abril de MCMXXXIII.

mor,—las ánforas de sus ideas. En La Edad de Oro—1889—hay un cuento: La Muñeca Negra. Resbalan en él perlas gotas de amor. Del amor de Martí para el hermano negro. ¿En México, Pedro de Alba, no se ocupa en escribir ahora "Martí y los Negros"? Montalvo, en El Espectador, exclama: si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado El Indio, y haría llorar al mundo.

El paso de José Martí por Costa Rica adquiere, dentro del valor histórico y de los destinos fastos, un significado del todo lumínico. Momentos de solemnidad, aquellos. Fecundadas por el patriotismo, las horas se enorgullecieron; los costarricenses realizáronse con la visita de un señalado, que congregaba a sus conterráneos dispersos a lo largo de los Andes, que admiraban sus fervores y el evangelio de su redención en marcha. Vino el discípulo de Rafael María de Mendive, sin pompas, humilde en su grandeza, de puntillas si se os antoja, a la conquista de corazones. Abrió sus brazos. Le vieron alas en el alma. Era un ave con nido de llama. Gorjeaba para consumirse en la lumbre de su aspiración. Fueron de él los hombres de espada y los de sentimiento. Y en el sosiego de nuestra tierra, manaron aguas más cristalinas y abundantes. Tal vez nuestros volcanes—esos profetas que escriben versículos con lava y ceniza—adrede no retumbaron para oír en su cabal majestad, el verbo del romero, espejo de la raza.

A la Humanidad, cuajada de mortales chatos,—¡oh, las turpitudes de los fofos!—de tiempo en tiempo la deja en cinta lo Desconocido y nace un ser superior, que irradia gallardía, abnegación, fortaleza. Costa Rica acogió a Martí. Le brindó su espíritu, su paz. Por eso él quiso servirla como hijo. Nuestra patria arrulló, como madre, a Martí.

Carlos Jinesta

San José, Junio 1933.

José Martí en Costa Rica...

(Viene de la página 8)

Era una persona que conversaba con voz tímida y sedeña; de ancha frente y hundido pecho; inclinado hacia adelante como si el peso de su cerebro le impidiera mantenerse erguido; de cabellos y bigotes negros, caballero de exquisita educación y cultísimas maneras.

Así Martí, el año 93. ¿Se parecía al retrato pintado al óleo del natural por el sueco Herman Norman? Añadamos que Martí, queda patenizado, en este su primer viaje permaneció nueve días en Costa Rica, del 30 de junio al ocho de julio de 1893.

De la conferencia de Martí, algunos concurrentes recuerdan aún períodos martianos, con el encanto de la añoranza. La sinceridad y manera unciosa de la palabra, atrajeron desde el comienzo impatía y admiración del auditorio. Conceptuoso y firme. Para Martí las razas india y negra son bondadosas y sumisas. Las desfiguran o desdeñan sólo los malvados. El tiempo confirmó la estima de Martí por estas gentes, de generosidad nativa. Fué hombro para

ellas. Las alentó; las ensalzó; las protegió. Quísolas para orgullo de su vida. Por temperamento de su naturaleza; por colmar, hasta los bordes,—de licor de bien, en impulso virtual de un íntimo cla-

INDICE

OTROS LIBROS:

<i>Crimen y castigo</i> . 2 tomos.....	7.00
<i>Un adolescente</i> . 2 tomos.....	7.00
<i>Los hermanos Karamazov</i> . 4 Vols.	12.00
<i>El idiota</i> . 3 Vols.....	9.00

Solicítelos al Adr. del Rep. Am.

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

Poemas de amor

= De Nuevo Amor. Poemas. México. Imprenta Mundial. 1955 =

2.—TU, YO MISMO,...

Tu, yo mismo, seco como un viento derrotado
que no pudo sino muy brevemente sostener en sus brazos una hoja
[que arrancó de los árboles
¿cómo será posible que nada te conmueva
que no haya lluvia que te estruje ni sol que rinda tu fatiga?

Ser una transparencia sin objeto
sobre los lagos limpios de tus miradas
¡oh tempestad, diluvio de hace ya mucho tiempo!
Si desde entonces busco tu imagen que era solamente mía
si en mis manos estériles ahogué la última gota de tu sangre y
[mi lágrima
y si fué desde entonces indiferente el mundo e infinito el desierto
y cada nueva noche musgo para el recuerdo de tu abrazo
¿cómo en el nuevo día tendré sino tu aliento,
sino tus dulces ojos, sino tu boca mía,
sino tus brazos impalpables entre los míos?

Lloro como una madre que ha reemplazado al hijo único muerto.
Lloro como la tierra que ha sentido dos veces germinar el fruto
[perfecto y mismo.

Lloro porque eres tú para mi duelo
y ya te pertenezco en el pasado.

3.—ESTE PERFUME INTENSO...

Este perfume intenso de tu carne
no es nada más que el mundo que desplazan y mueven los globos
[azules de tus ojos
y la tierra y los ríos azules de las venas que aprisionan tus brazos.
Hay todas las redondas naranjas en tu beso de angustia
sacrificado al borde de un huerto en que la vida se suspendió por
[todos los siglos de la mía.
¿Qué remoto era el aire infinito que llenó nuestros pechos!
Te arranqué de la tierra por las raíces ebrias de tus manos
y te he bebido todo, ¡oh fruto perfecto y delicioso!

Ya siempre cuando el sol palpe mi carne
he de sentir el rudo contacto de la tuya
nacida en la frescura de una alba inesperada,
nutrida en la caricia de tus ríos claros y puros como tu abrazo,
vuelta dulce en el viento que en las tardes
viene de las montañas a tu aliento,
madurada en el sol de tus dieciocho años,
cálida para mí que la esperaba.

4.—JUNTO A TU CUERPO TOTALMENTE...

Junto a tu cuerpo totalmente entregado al mío
junto a tus hombros tersos de que nacen las rutas de tu abrazo,
de que nacen tu voz y tus miradas, clara y remotas,
senti de pronto el infinito vacío de su ausencia.

Si todos estos años que me falta
como una planta trepadora que se coge del viento
he sentido que llega o que regresa en cada contacto
y ávidamente rasgo todos los días un mensaje que nada contiene
[sino una fecha
y su nombre se agranda y vibra cada vez más profundamente
porque su voz no era más que para mi oído,
porque cegó mis ojos cuando apartó los suyos
y mi alma es como un gran templo deshabitado.

Pero este cuerpo tuyo es un dios extraño
forjado en mis recuerdos, reflejo de mí mismo,
suave de mi tersura, grande por mis deseos,
máscara
estatua que he erigido a su memoria.

5.—HOY NO LUCIO LA ESTRELLA...

Hoy no lució la estrella de tus ojos.
Náufrago de mí mismo, húmedo del abrazo de las ondas,
llego a la arena de tu cuerpo
en que mi propia voz nombra mi nombre,
en que todo es dorado y azul como un día nuevo
y como las espigas herméticas, perfectas y calladas.

En ti mi soledad se reconcilia
para pensar en tí Toda ha mudado
el sereno calor de tus miradas
en fervorosa madurez mi vida.

Alga y espumas frágiles, mis besos
cifran el universo en tus pestañas
—playa de desnudez, tierra alcanzada
que devuelve en miradas tus estrellas.

¿A qué la flor perdida
que marchitó tu espera, que dispersó el Destino?

Mi ofrenda es toda tuya en la simiente
que secaron los rayos de tus soles.

6.—AL PORVENIR CONFIO LA PENA...

Al poema confío la pena de perderte.
He de lavar mis ojos de los azules tuyos,
faros que prolongaron mi naufragio.

He de coger mi vida deshecha entre tus manos,
leve girón de niebla
que el viento entre sus alas efímeras dispersa.

Vuelva la noche a mí, muda y eterna,
del diálogo privada de soñarte,
indiferente a un día
que ha de hallarnos ajenos y distantes.

BREVE ROMANCE DE AUSENCIA

Unico amor, ya tan mío
que va sazonando el Tiempo;
¿qué bien nos sabe la ausencia
cuando nos estorba el cuerpo!

Mis manos te han olvidado
pero mis ojos te vieron
y cuando es amargo el mundo
para mirarte los cierro.

No quiero encontrarte nunca,
que estás conmigo y no quiero
que despedace tu vida
lo que fabrica mi sueño.

Como un día me la diste
viva tu imagen poseo,
que a diario lavan mis ojos
con lágrimas tu recuerdo.

Otro se fué, que no tú,
amor que clama el silencio
si mis brazos y tu boca
con las palabras partieron.

Otro es éste, que no yo.
mudo, conforme y eterno
como este amor, ya tan mío
que irá conmigo muriendo.

Salvador Novo

El objetivo de la educación...

(Viene de la página 6)

ma de educación apetecido, lo que el sistema practicado estaba dando a la República: unos cuantos hombres de intelectualidad natural muy poderosa, que, en virtud de sus propios esfuerzos y contra los esfuerzos de su viciosa educación intelectual, se elevaban por sí mismos a una contemplación más pura y más real de la verdad y el bien que la generación de bípedos dañinos o inofensivos que los rodeaban.

¿Habíamos de ir a restablecer la cultura artificial que el escolasticismo está todavía empeñado en resucitar? Habríamos seguido debiendo a esa monstruosa educación de la razón humana, los ergotistas vacíos que, en los siglos medios de Europa y en los siglos coloniales de la América latina vaciaron la razón dejando como impuro sedimento las cien generaciones de esclavos voluntarios que viven encadenados a la cadena del poder humano o a la cadena del poder divino y que, cuando se encontraron en la sociedad moderna, al encontrarse en un mundo despoblado de sus antiguos dioses y de sus antiguos héroes, no supieron, en Europa, ponerse con los buenos a fabricar la libertad, no supieron, en la América Latina, ponerse con los mejores a forjar la independencia.

¿Habíamos de buscar en la dirección que el Renacimiento dió a la cultura moral e intelectual, el modelo que debíamos seguir? No estamos para eso. Estamos para ser hombres propios, dueños de nosotros mismos, y no hombres prestados; hombres útiles en todas las actividades de nuestro ser, y no hombres pendientes siempre de la forma que en la literatura y en la ciencia greco-romanas tomaron las necesidades, los afectos, las pasiones, los deseos, los juicios y la concepción de la naturaleza. Estamos para pensar, no para expresar; para velar, no para soñar; para conocer, no para cantar; para observar, no para imaginar; para experimentar, no para inducir por condiciones subjetivas la realidad objetiva del mundo.

¿Habíamos, por último, de adoptar una organización docente que nos diera el esqueleto, no el contenido de la ciencia?

¿Qué habríamos hecho de la organización de los estudios

norteamericana, alemana, suiza, francesa, si nos faltaba el elemento generador de la organización? ¿Qué Condorcet ha podido imbuir el principio vital en un facsímile de hombre? ¿Qué Cuvier ha podido poner en movimiento las organizaciones anatómicas que restauraba? ¿Qué Pigmalión ha podido dar el fuego divino de la vida al bello ideal que ha esculpido el estatuario?

Como el soñador deificado de la Grecia, como el paleontólogo que Francia dió a la ciencia, como el filósofo que la Revolución francesa malogró,—no la estatua, no los huesos, no la imagen, necesitábamos la vida.

Aún más que la vida. Para que la razón educada nos diera la forma vital que íbamos a pedirle, necesitábamos restituírle la salud.

Razón sana no es la que funciona conforme al modo común de funcionar en la porción de sociedad humana de que formamos parte. Razón sana es la que reproduce con escrupulosa fidelidad las realidades objetivas y nos da o se da una interpretación congruente del mundo físico; la que reproduce con estoica imparcialidad las realidades subjetivas, y se da o nos da una explicación evidente de las actividades morales del ser que es en las profundidades el esqueleto semoviente que somos todos.

Razón sana no es la que destella rayos desiguales de luz, brillando ahora con los fulgores de la fantasía, deslumbrando después con los espejismos de la rememoración, esclareciendo con claridad solar una incertidumbre o una duda, y complaciéndose después en las sombras o en las medias tintas camina por la vida como va por los senderos del mundo el caminante imprevisor: tropezando y cayendo y levantándose, para volver a tropezar y a caer y a levantarse. Razón sana es la que funciona estrictamente sujeta a las condiciones naturales de su organismo.

Y entonces es cuando, directora de todas las fuerzas físicas y morales del individuo, normalizadora de todas las relaciones del asociado, creadora del ideal de cada existencia individual, de cada existencia nacional, y del Ideal Supremo de la humanidad, se dirige a sí misma hacia la verdad, dirige la afectividad hacia lo

bello bueno, dirige la voluntad al bien, regula por medio del derecho y del deber las relaciones de familia, de comunidad, de patria, forja el ideal completo del hombre en cada hombre; el ideal de la patria bendecida por la historia, en cada patriota; el ideal de la armonía universal en todos los seres realmente racionales, e iluminando con ellos la calle de amargura que la naturaleza sorda ha señalado con índice inflexible al ser humano, le lleva de siglo en siglo, de continente en continente, de civilización en civilización, al siempre oscuro y siempre radiante Gólgota desde donde se descubre con asombro la eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante de la tierra que está dotado de razón.

Llevar la razón a ese grado de completo desarrollo, y enseñar a dejarse llevar por la razón a ese dominio completo de la vida en todas las formas de la vida, no es fin que la educación puede realizar con ninguno de los principios y medios pedagógicos que emplea la enseñanza empírica o la enseñanza clásica. La una prescinde de la razón. ¿Cómo ha de poder dirigir a la razón? La otra amputa. ¿Cómo ha de poder completarla? La una nos haría fósiles, y la vida no es un gabinete de historia natural. La otra nos haría literatos, y la vida no está reducida, y las fuerzas creadoras no están concretadas a la imitación o admiración de las armonías de lo bello. La vida es un combate por el pan, por el puesto, por el principio y es necesario presentarse en ella con la armadura y la divisa del estoico: **Consciencia propugnans pro virtute.**

La vida es una disonancia, y nos pide que aprendamos, gimiendo, llorando, trabajando, perfeccionándonos, a concertar en una armonía superior a la pasivamente contemplada o imitada por los clásicos, las notas continuamente discordantes que, en las evoluciones individuales, nacionales y universales del hombre por el espacio y el tiempo, lanza a cada momento la lira de mil cuerdas que, con el nombre de Historia, solloza o canta, alaba o increpa, exalta o vitupera, bendice o maldice, endiosa o endiablo los actos de la humanidad en todas las esferas de acción, orgánica, moral e intelectual, que hacen de ella un segundo creador y una creación continua.

Monstruoso el escolasticismo, eunuco el clasicismo ¿qué enseñanza era necesaria para verificar la revolución saludable en esta sociedad ya cansada de revoluciones asesinas?

La enseñanza verdadera: la que se desentiende de los propósitos históricos, de los métodos parciales, de los procedimientos artificiales, y atendiendo exclusivamente al sujeto del conocimiento, que es la razón humana, y al objeto del conocimiento, que es la naturaleza, favorece la cópula de entrambas, y descansa en la confianza de que esa cópula feliz dará por fruto la verdad.

Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo; y yo, con la verdad, con solo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado. Y no os daré solamente el mundo de las organizaciones materiales: os daré el mundo orgánico, junto con el mundo de las ideas, junto con el mundo de los afectos, junto con el mundo del trabajo, junto con el mundo de la libertad, junto con el mundo del progreso, junto—para disparar el pensamiento entero—con el mundo que la razón fabrica perdurablemente por encima del mundo natural.

¿Y qué sería yo, obrero miserable de la nada, para tener esa virtud del todo? Lo que podríais ser todos vosotros, lo que pueden ser todos los hombres, lo que he querido que sean las generaciones que empiezan a levantarse, lo que, con toda la devoción, con toda la unción de una conciencia que lleva consigo la previsión de un nuevo mundo moral e intelectual, quisiera que fueran todos los seres de razón: **un sujeto de conocimiento fecundado por la Naturaleza, eterno objeto de conocimiento.**

La verdad que de esa fecundación nacería, hasta tal punto es un poder, que ya lo véis, a vuestra vista está, la faz, distinta de la humanidad pasada, con que se nos presenta la humanidad actual, no es obra de otro obrero, ni efecto de otra causa, que de la mayor cantidad de verdad que el hombre de hoy tiene en su mente. Esa mayor cantidad de verdad no se debe a otra operación de alquimia o taumaturgia que a la simple operación de observar la realidad del mundo tal cual es.

¿Y para qué, si no para eso, tenemos nosotros los sentidos? ¿Y para qué, si no pa-

ra eso, transmiten ellos sus sensaciones al cerebro? ¿Y para qué, si no para eso, funciona en el cerebro la razón?

Y, sin embargo, hacer eso, que es lo que la naturaleza ha querido que hiciese el hombre en el planeta que le ha dado, ha parecido, a los irreflexivos de todas partes, un atentado contra la naturaleza, y a los irreflexivos de por acá ha parecido un atentado contra Dios.

Pero, Señor, providencia, causa primera, verdad elemental, razón eficiente, conciencia universal, seas lo que fueres, ¿hasta cuándo ha de ser un crimen la inocencia? ¿Hasta cuándo ha de ser un mal la aspiración al bien? ¿Hasta cuándo ha de ser aborto de la naturaleza el que más se esfuerza por ser su fiel hechura? ¿Hasta cuándo ha de ser un ofensor el que sólo quiere ser defensor de la razón?

¿De la razón? De la parcela de razón que tú, sin duda tú, Razón centrípeta, has imbuido en el espíritu del hombre, para que, evolucionando independientemente de su foco, se lance en el espacio sin fin de la verdad, y teniendo en tu seno el centro fijo, imite a la vorágine de mundos que se precipitan en el infinito, y que trazando en él sus invisibles órbitas, y poseídos del vértigo que los aleja de su centro, son, como la razón humana, tanto más prueba de que existe el centro a que obedecen, cuanto en lo más hondo del infinito se sumergen.

¿Qué cuerpo en el espacio, qué razón en el mundo de los hombres, qué virtud en el alma de los niños puede no ser más regular cuando obedezca normalmente a su centro de atracción?

Así como el centro del mundo planetario está en el sol, y el centro de la razón está en el mundo que contempla, así dentro de toda virtud está la razón. Desarrollar en los niños la razón, nutriéndola de realidad y de verdad, es desenvolver en ellos el principio mismo de la moral y la virtud.

La moral no se funda más que en el reconocimiento del deber por la razón; y la virtud no es más ni menos que el cumplimiento de un deber en cada uno de los conflictos que sobrevienen de continuo entre la razón y los instintos. Lo que tenemos de racionales vence entonces a lo que tenemos de animales, y eso es virtud, porque eso es cumplir con el deber que tenemos de ser siempre racionales, porque

eso es la fuerza (*virtus*), la esencia constituyente, la naturaleza de los seres de razón.

Para lograr ese fin, más alto y mejor que otro cualquiera (por ser, tomando un pleonismo expresivo de la metafísica alemana, el fin final del hombre en el planeta), por lograr ese fin han querido los grandes maestros, desde Confucio hasta Sócrates, desde Mencio hasta Aristóteles, desde Comenio hasta Pestalozzi, desde Fenelon hasta Froebel, desde Tyndall hasta Lockyer, desde Mann hasta Hill, secundar a la razón en su incesante evolucionar a la verdad. Por lograr ese fin se quiso también aplicar aquí el sistema y el procedimiento racional de educación. Formar hombres en toda la extensión de la palabra, en toda la fuerza de la razón, en toda la energía de la virtud, en toda la plenitud de la conciencia, ese podrá haber sido el delito, pero ese ha sido y seguirá siendo el propósito del director de esta obra combatida.

Para que la obra fuese completamente digna de un pueblo, ni un solo móvil egoísta he puesto en ella.

Si el egoísmo hubiera sido mi guía o mi consejero, hace ya mucho tiempo que hubiera desistido de la empresa: la calumnia habría dado la voz a la viril indignación, y habría acabado.

Pero ni al mal egoísmo ni al egoísmo bueno presté oídos, y el mismo tranquilo menospreciador de aullidos que antes era, soy ahora; y la misma que fué en la ley, es en el presupuesto de mi vida la recompensa económica de mi trabajo material.

Si hubiera sido egoísta, abiertas generosamente para mí han estado las puertas de una comarca hermana, y me las he cerrado.

Si hubiera sido egoísta, Constitución, posibilidad de ser útil, simpatías personales, la misma vocación, me hubieran llamado a la política, y mirad que vivo en la soledad de mis deberes.

Si hubiera sido egoísta, me hubiera abierto a todas las expansiones que dan popularidad al hombre público, y mirad que estoy tan encerrado como siempre en mi reserva.

Si hubiera sido egoísta...

Pero ¿cómo me atrevo a alucinaros?, ¿cómo me atrevo a mentirosos?, ¿cómo me atrevo a engañaros?

Al modo de la virgen pudorosa que se ruboriza al negar el afecto que suspira en lo profundo, el alma virgen de dolo

y de mentira inflama el rostro del que miente una virtud.

Vedme, señores, confeso de mentira ante vosotros. Vedme confeso de haberos engañado. Yo no puedo negaros que os engaño. Yo no puedo negaros que soy el más egoísta de los reformadores. Yo no puedo negaros que en la obra intentada, en la perseverancia de que ella es testimonio y en el dominio de las circunstancias que la han contrastado, mi más fuerte sostén ha sido el egoísmo.

Mis esfuerzos, mi perseverancia, el dominio de mí mismo que requiere esta reforma, no han sido sólo por vosotros: han sido también por mí, por mi idea, por mi sueño, por mi pesadilla, por el bien que merece más sacrificios de la personalidad y el amor propio.

Al querer formar hombres completos, no lo quería solamente por formarlos, no lo quería tan solo por dar nuevos agentes a la verdad, nuevos obreros al bien, nuevos soldados al derecho, nuevos patriotas a la patria dominicana: lo quería también por dar nuevos auxiliares a mi idea, nuevos corazones a mi ensueño, nuevas esperanzas a mi propósito de formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos.

Tíreme la primera piedra aquel de entre vosotros que se sienta incapaz de ese egoísmo.

Con ese no se contará para la alta empresa. Y cuando ya las legiones de reformados en conciencia y en razón, por buscar lógicamente la aplicación de la verdad a un fin de vida necesario para la libertad y la civilización del hombre en estas tierras y para la grandeza de estos pueblos en la historia, busquen en la actividad de su virtud patriótica la Confederación de las Antillas, que conciencia y razón, deber y verdad, señalan como objetivo final de nuestra vida en las Antillas, la Confederación pasará sobre ese muerto. Y cuando, al meditar en la eficacia del procedimiento intelectual que se habrá empleado para llegar a la Confederación, diga alguno que la Confederación de las Antillas es más una confederación de entendimientos que de pueblos, el que ahora me acuse quedará eliminado de la suma de entendimientos que haya concurrido al alto fin.

Pero si el soñador no llegara a la realización del sueño, si el obrero no viese la obra terminada, si las apostasías disolvieren el apostolado, ni la

vida azarosa ni la muerte temprana podrán quitar al maestro la esperanza de que en el porvenir germine la semilla que ha sembrado en el presente, porque del alma de sus discípulos ha tratado de hacer un templo para la razón y la verdad, para la libertad y el bien, para la patria dominicana y la antillana.

Y cuando más desesperado cierre los ojos para no ver el mal que sobrevenga, del fondo de su retina resurgirá la escena que más patéticamente le ha probado la excelencia de esta obra.

Estábamos en ella: estábamos trabajando para acabar de entregar a la República esos hombres. Uno de ellos iba a ser examinado, y se había dado la señal. El órgano, con su voz imponente, hacía resonar ese interludio sublime que, con cuatro notas, penetra en lo hondo de la sensibilidad moral, y la despierta en los rincones de la sensibilidad física, y eriza los nervios en la carne.

La Escuela era en aquel momento lo que en esencia es: v el silencio y el recogimiento atestiguaban que se estaba oficiando en el ara de eterna redención que es la verdad.

De pronto, al pasar por la puerta una mujer del campo se detiene, deja en la acera los útiles de su industria y de su vida, intenta trasponer el umbral, se amedrenta, vacila entre el sentimiento que la atrae y el temor que la repele, levanta sus escualidos brazos, se persigna, dobla la rodilla, se prosterna, ora, se levanta en silencio. Se retira medrosa de sus propios pasos, y así deja consagrado el templo.

Los escolares imprevisores se reían, el órgano seguía gimiendo su sublime melopea, y por no interrumpirla ni interrumpir la emoción religiosa que me conmovía, no expresé para los escolares la optación que expreso ante vosotros, y ante la patria de hoy y de mañana.

¡Ojalá que llegue pronto el día en que la Escuela sea el templo de la verdad, ante el cual se prosterne el transeunte, como ayer se prosternó la campesina! Y entonces no la rechacéis con vuestras risas, no la amedrentéis con vuestra mofa; abridle más las puertas, abridle vuestros brazos, porque la pobre escualida es la personificación de la sociedad de las Antillas, que quiere y no se atreve a entrar en la confesión de la verdad!

Eugenio M. Hostos

Memoria de don Juan Alcover

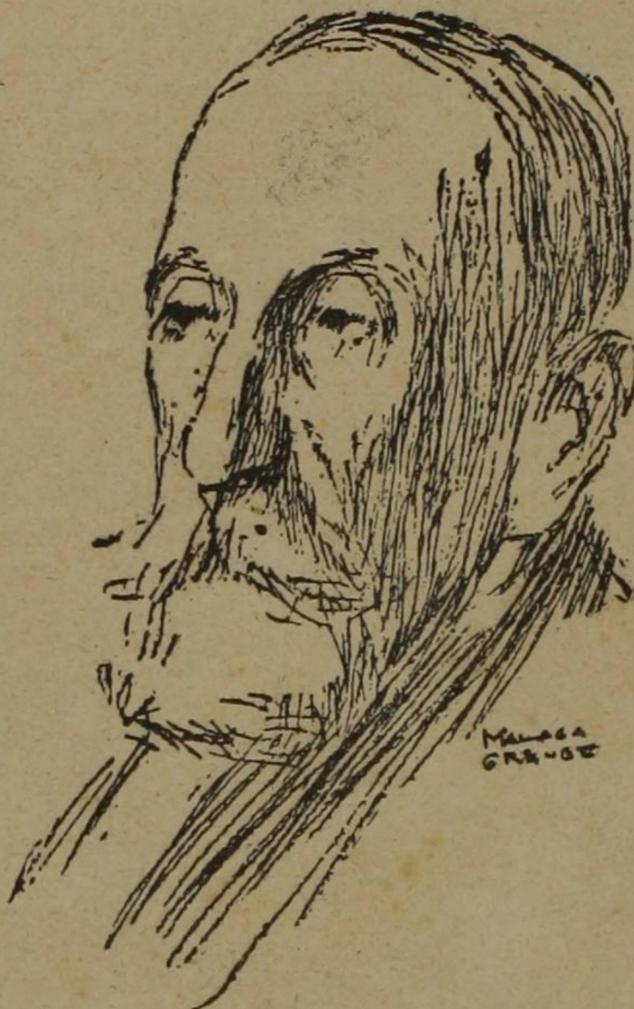
= De El Sol, Madrid. =

Guardo entre muchas cartas preciadísimas una que casi no me pertenece—por lo importante que es y por los datos autobiográficos y críticos que contiene,—escrita por don Juan Alcover. Está fechada en Palma el 4 de abril de 1916. Preparaba yo entonces un libro sobre los poetas en lengua catalana, y como es natural, quería dedicar en él una parte a los poetas de Mallorca—Costa y Llovera, Alcover, Alomar, Riber, Ferrá, María Antonia Salvá,—y especialmente a Alcover, el más grande de todos ellos, sin que por esta afirmación desmerezcan en nada los demás.

Venía pocas veces en aquel año don Juan Alcover a Barcelona, y me decidí a solicitar los datos que necesitaba, directamente explicados, escribiéndole a su Mallorca. La antigua y buena amistad que a él me unía y la devoción que siempre había demostrado a su personalidad literaria me autorizaban a inquirir, a preguntar, a ahondar, con manifiesta confianza y certeza de ser correspondido sinceramente; mucho más tratándose de un hombre tan íntegro y patriarcal como él era. Pocos días después llegaba su contestación, cordial, efusiva y simpática. Respondía él en parte a todas las inquisiciones mías. Y en otros aspectos, excesivamente de autocritica, dejaba la palabra a nuestro admirado amigo Gabriel Alomar. Tiene tanto interés todo ello, que no me resisto a glosarlo, suprimiendo siempre lo puramente particular y halagüeño para mí.

El padre de Alcover era mallorquín, de Sóller, y en Tarragona había nacido su madre. "En realidad, de mi biografía—escribía,—lo que puede publicarse, es decir, la parte opaca, interesa poco". Lo que no podía publicar él mismo, para no añadir ceniza a su frente de Job, era su vida doméstica, familiar, dolorosamente desgraciada e infeliz: la muerte de sus cuatro hijos, sus elegías eternas. Refieren sus amigos íntimos—y lo anota un biógrafo suyo—que al acabar uno de sus lutos apareció de nuevo ante todos prematuramente envejecido, nevada la cabeza, pero como siempre firme y enérgico. Los datos acerca de su vida de escritor, de poeta, son generalmente conocidos. Como escribió siempre de tarde en tarde, su colaboración en periódicos y revistas fué accidental y escasa, obedeciendo a invitaciones a que unas veces correspondió y otras no. Así, no fué colaborador propiamente dicho en publicación alguna.

"No he sido nunca escritor profesional—añade,—y aun de mis horas de ocio he con-



Juan Alcover

sumido muchas sin coger la pluma. Por eso he abusado de los versos, que se componen de memoria, paseando y sin necesidad de sentarse a la mesa de trabajo".

Ejerció de abogado hasta los treinta años, y luego, de secretario de Sala de la Audiencia de Palma hasta su muerte. Fué un entrañable amigo de don Antonio Maura, y desde muy joven figuró políticamente en su partido. Desempeñó el cargo de concejal, de diputado provincial y diputado a Cortes por la circunscripción de Mallorca. No era la política la primera de sus aficiones, ni su natural escepticismo pudo permitirle grandes actividades "en pro de una causa cualquiera", cortándole las alas a todo entusiasmo; pero es indudable que se adelantó al mejoramiento de las costumbres públicas, combatiendo abusos y corruptelas y esforzándose, con la predicación y el ejemplo, por restituir el concepto de la política, bastardeado y envilecido, a sus naturales fines. Su intervención tuvo que dirigirse en muchos casos a evitar atropellos e infracciones y a rectificar procedimientos. La autoridad y el prestigio de que justamente disfrutaba fueron en muchas ocasiones verdadero freno para las concupiscencias "usuales en la lucha de partidos". Y dice Alomar: "Alcover ha probado en el terreno donde mejor se prueban los corazones lo sano de su temperamento moral. Por lo demás, su rectitud, su elevación de espíritu, su noble sentido de la tolerancia, han sido universalmente reconocidos".

Santos Oliver—el otro gran mallorquín—afirmaba que Alcover era uno de los mejores oradores de España. Sus discursos literarios y políticos—su cargo no le permitía de-

dicarse a la oratoria forense—entrañan la misma fogosidad comunicativa y el mismo jugo que sus obras poéticas. Era orador siempre. No improvisaba: estudiaba, "paseaba" ordenando conceptos y salpicándolos de imágenes. Lo innato, lo normal, era la abundancia elegante y generosa de la expresión, las construcciones castizas, la sonora ordenación de las palabras. A esta misma facundia responde el don del número de sus versos.

Queda el escritor en prosa, el crítico. Era un maestro. Clarividente, de acendrado buen gusto, de asombrosa potencia para comunicar plasticidad a las más altas especulaciones. Sin embargo, escribió raramente prosas. Su profundo sentido crítico se manifestó con más frecuencia en la conversación de todos los días que en obras pacíficas y habituales en libros o periódicos. Su repugnancia a decir "verdades crueles" lo frenaba de continuo.

Era don Juan Alcover correspondiente de la Academia Española y de la de Buenas Letras barcelonesa, maestro en Gay Saber y miembro honorario de varias Asociaciones literarias. Sin estar afiliado a ninguna de las agrupaciones del "catalanismo militante", aprovechó todas las ocasiones para manifestar sus "simpatías hacia el renacimiento catalán y contribuir a las legítimas reivindicaciones de Cataluña, con sus naturales consecuencias, entre ellas restaurar los vínculos de raza, de lengua, de espíritu, entre Cataluña y Mallorca". En su juventud escribió en castellano más en verso que en prosa. Después, casi exclusivamente en catalán. Y en catalán están compuestas sus mejores poesías. Explicó la evolución ampliamente en un discurso pronunciado en el Ateneo con motivo del Congreso de la Lengua Catalana.

Su influencia en favor de la cultura y su intervención en empresas relacionadas con el arte y con el fomento de la "individualidad mallorquina" fueron decisivas. "En el camino de lo que pudiera llamarse lenta personalización de Mallorca (regionalismo, en la alta acepción de la palabra)", sus iniciativas públicas y privadas fueron constantemente el impulso de un avance positivo y ejemplar. He aquí—sin los elogios, claro—el concepto que de sí mismo y de su obra tenía el mejor poeta de Mallorca. Y tal vez de Cataluña.

Joaquín Montaner

INDICE



ENTERESE Y ESCOJA:

Teixeira de Queiroz (Bento Moreno): <i>Cuentos</i>	0.75
C. Cornelio Tácito: <i>La Germania y Diálogo de los oradores</i>	0.50
Stendhal: <i>Rojo y negro</i> . Novela. 2 tomos.	3.00
Stevenson: <i>La flecha negra</i> (Novela de la Batalla de las Rosas)	1.50
H. Taine: <i>Filosofía del arte</i> (Naturaleza y producción de la obra de arte.—La pintura en el Renacimiento italiano). 4 Vols.	3.50
W. M. Thackeray: <i>El viudo Lovel</i> . Novela.	1.25

INDICE



DOSTOIEWSKI EN EDICION FINA, TELA:

<i>El sueño del tío</i>	3.50
<i>El eterno marido</i>	3.50
<i>El jugador</i>	3.50
<i>La tímida. El Arbol de Navidad celestial. Marey el Mujik. El cocodrilo. Bobok</i>	3.50
<i>La aldea de Stepanchicovo y sus moradores</i>	3.30
<i>Un pequeño héroe. Un trance difícil</i>	3.50

Solicítelos al Admor. del Rep. Am.